

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE LA SANTÍSIMA CONCEPCIÓN
INSTITUTO DE TEOLOGÍA



DAVID HUME Y EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD PERSONAL

Por

JORGE POLSTER GODOY LAGOS

PROFESOR GUÍA: DR. DAVID SOLIS NOVA

**TESIS PRESENTADA AL INSTITUTO DE TEOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE
LA SANTÍSIMA CONCEPCIÓN, PARA OPTAR AL GRADO ACADÉMICO DE LICENCIADO
EN FILOSOFÍA**

CONCEPCIÓN – CHILE

Enero 2018

AGRADECIMIENTOS

Quiero ante todo dar gracias a Dios por entregarme las fuerzas necesarias para terminar esta bella senda de estudios universitarios. También a mis padres Jorge Godoy Hernández y Olga Lagos Escubort, sin ellos no hubiese podido terminar esta etapa. También como no olvidar a mis hermanas Karina y Brizalia que siempre me dieron ánimo y fuerzas para continuar. Agradecer a mis profesores de universidad por su gran ayuda y aporte en esta difícil, pero bella trayectoria académica, pues sin su labor nada de esto sería posible, a mis amigos más cercanos, en especial a mi amiga Carla Silva por sus innumerables consejos de apoyo.

ÍNDICE GENERAL:

Estructura:	Páginas
Introducción	01
Capítulo I: La experiencia sensible, base de la epistemología de Hume	06
1.1- La experiencia como fuente para las percepciones mentales del hombre: impresiones e ideas.	07
1.2- La libertad imaginativa, relaciones de ideas y ámbitos del conocimiento.	21
1.3- La crítica a la sustancia y la problemática hacia una construcción de la identidad	34
1.4- Sobre lo abstracto y general en nuestras ideas: Locke, Berkeley y Hume	39
1.5- La causalidad y la creencia, bases de la identidad personal.	42
Capítulo II: La Identidad Personal.	54
2.1- Identidad perfecta e imperfecta: La creencia y su relación con los objetos externos y la identidad.	56
2.2- La negación de un yo innato, simple e idéntico: La respuesta humeana.	60
2.3- El laberinto de la identidad y el inconformismo de Hume, la respuesta de su apéndice.	70
2.4- El yo imperfecto es un yo psicológico, una respuesta positiva.	73
Conclusión	79
Bibliografía	85

Introducción

En todo el pensamiento moderno desde un punto de vista histórico, se reflejó el interés en el bienestar del hombre. Para esto era necesario indagar en distintos ámbitos de sus capacidades y las llamo “capacidades” por el centralismo que adopta el hombre como núcleo de la reflexión, transformándose en un claro antropomorfismo. En la edad media el centro de todo era Dios, pero ya con Francis Bacon y el nacimiento de la ciencia moderna, se expresa una voluntad de los hombres en buscar respuestas a interrogantes inmediatas.

Cassirer cita a Bacon en sus obras, el cual destaca “que los filósofos están equivocados al dirigir el conocimiento sólo para el contemplar y que éste debe tener una finalidad eminentemente práctica” (Cassirer 1956, p. 148). Comienza un cambio en la manera de contemplar, analizar y entender el mundo en el que el hombre se encuentra inserto, por lo que la visión filosófica comienza ya no a quedarse en la contemplación ontológica de las cosas, sino más bien en una filosofía mucho más pragmática. Se puede definir el saber moderno como positivista, el cual se ordena resueltamente al hacer, en lo que abarca lo técnico, lo moral o artístico, teniendo esto una fuerte repercusión hasta nuestros días, tanto en el ámbito filosófico (empirismo lógico, filosofía de la mente, pragmatismo y filosofías contemporáneas), científico e incluso teológico, por lo que no podemos ignorar este increíble y noble trabajo en la edad moderna.

No es de extrañar que esta primacía por el saber más práctico haya influido en el pensamiento inglés de aquella época, destacándose en gran medida en el Empirismo, dentro

de la línea de los tres máximos exponentes o representantes; John Locke, George Berkeley y sobre todo en David Hume, siendo la filosofía de este último nuestro objeto central de investigación. En estos pensadores, el tema del conocimiento es fundamental al buscar respuestas a preguntas como: *¿cuál es la naturaleza del conocimiento? ¿Cómo obtenemos nuestro conocimiento? Y ¿Cuáles son los límites de nuestro conocimiento?*

David Hume, filósofo escocés (1711-1776) tiene un hondo interés por conocer la *naturaleza humana*. Según Hume, esta es manejada por ciertos principios que la rigen para el desarrollo de nuestro conocimiento, estos deben explicar tal naturaleza en el ámbito cognoscitivo y moral, pero para conocerla se debe construir en cimientos sólidos, un sistema que se adjunte a todos los saberes.

Al ver el avance de la ciencia moderna (filosofía natural), el ingenio filosófico intenta aplicar el método de Newton a las ciencias humanas. La investigación filosófica de Hume se basa en el *método experimental*, que a criterio de este filósofo, es el único válido para comprender todo aquello que tenga relación con el hombre, sobre todo en el estudio de su naturaleza y del cómo adquiere conocimiento.

Hume critica toda aquella gnoseología cartesiana (racionalismo) e incluso a sus antecesores empiristas, como Locke y Berkeley, los cuales igual se quedaron con ciertos vestigios escolásticos, por lo que para Hume la razón no puede conocer nada de la realidad de modo a priori. La filosofía de Hume en la tradición empirista intenta dar respuestas al cómo el hombre se desenvuelve en el mundo, en su *pensar*, en su *actuar* y sobre todo en su *sentir*, justificándolo por medio de la *creencia* en su acceso al mundo externo, la *probabilidad causal* y la convicción de nuestro *yo*.

El *yo* o *identidad personal* (*personal identity*), que está al final de su primer libro de juventud (1739) titulado como *Tratado de la Naturaleza Humana*, y analizado también en su *apéndice*, será el tema central de investigación propuesto en nuestra tesis. Se intentará demostrar a través de la lectura principal del filósofo y con otros escritos complementarios como base a nuestro objeto de investigación. Para Hume nuestra identidad se mantiene imperfecta, la cual carece de demostración o evidencia empírica. Para Hume es la *experiencia* el origen y límite de nuestro conocimiento, será la misma experiencia el medio para fundamentar dentro de sus propios límites si es que hay o no una identidad.

Pretendemos para esto responder a las siguientes preguntas:

- 1-¿Nuestra mente es capaz de forjarse un yo o identidad?
- 2-¿Si es que existe una identidad, cómo es que la mente lo alcanza?
- 3- ¿Cómo Hume, de acuerdo a su método, logra llegar al yo y qué solución da?

Para poder responder nuestra hipótesis se sustenta en demostrar que *el yo o identidad personal que propone Hume es más un análisis psicológico que metafísico*.

Para poder desarrollar tal investigación es necesario partir por un análisis de los conceptos fundamentales de la epistemología de nuestro pensador, para así poder aclarar más el tema central a investigar, es decir su explicación referente a la génesis de nuestras ideas y sus relaciones psíquicas. En segundo lugar, analizar en profundidad su teoría sobre la causalidad, la creencia y el atribuirle identidad a los objetos de la realidad externa, la sustancia y su relación.

También es necesario destacar la importancia concedida por parte de nuestro pensador a las percepciones, estas son el centro de toda su teoría del conocimiento, negando así toda idea innata, teniendo en cuenta la herencia de sus antecesores Locke y Berkeley.

El concepto de causalidad es central dentro de todo el análisis que hay en su teoría de las ideas, pues este nos permite entender el origen de las ideas y dentro de estas también engloba la identidad personal. Todos nuestros hábitos y costumbres se dan por una conexión necesaria, la cual resulta por la combinación y repetición de percepciones semejantes operadas por la imaginación, guiando todos aquellos razonamientos que aparecen en el diario vivir y agregando también los fenómenos de las ciencias que tratan cuestiones de hechos. Todo esto, hace que nuestra mente se adelante a lo que sucederá. Por ende Hume nos dice que la causalidad no surge de ninguna idea a priori, sino que es originada por la costumbre. El tema de la identidad Hume lo relaciona con que nuestra mente considera a los objetos de manera sin cambios e invariables y que como resultado todos los objetos o cosas de la existencia están faltos de una identidad perfecta. En este caso al igual que la identidad Hume nos dice que la sustancia, es una ficción originada por la imaginación sin una dimensión empírica que garantice su veracidad, o sea un concepto metafísico en los cuales Hume no quiso caer.

Todas las existencias continuas de los cuerpos, se dan por las percepciones más vivaces o fuertes (impresiones), pero que se enlaza al hábito o costumbre como resultante de las dos facultades mentales principales que son la memoria y la imaginación, teniendo como efecto una creencia de su existencia. Es la causalidad el principio que nos lleva más allá de lo que se nos presenta de manera inmediata a nuestra mente, por lo que la creencia en los

cuerpos externos se funda en esta asociación de ideas, siendo influenciada principalmente por la relación de causalidad.

Analizados los conceptos centrales de su teoría, sabiendo que sin este análisis previo no podríamos entender el objeto de nuestra investigación, para Hume siempre las percepciones están cambiando su vivacidad o fuerza, por lo que nuestro yo no es más que una colección de percepciones que fluyen constantemente, por lo que el yo no se alcanza por una impresión, ni la mente mantiene un yo estático o idéntico. Todo es un acontecer de percepciones que fluyen constantemente en una unidad existencial mínima, todas estas percepciones son unidas por la imaginación, por lo que es a esta unificación perceptiva a lo que le llamamos identidad personal.

En el apéndice de su Tratado de la Naturaleza Humana, se da algo muy interesante respecto a su insatisfacción por su explicación respecto a la identidad personal, declarando la imposibilidad de dicho concepto. Es por esto que se hace un análisis riguroso respecto a qué es lo que verdaderamente Hume entiende por identidad personal y cuáles son nuestras respuestas a esto. Es por esto que muchos autores centran su atención en la facultad imaginativa, más que la facultad de la memoria expuesta por nuestro autor, pero se debe dejar en claro que es sumamente necesario el indagar en distintas visiones e interpretaciones de autores respecto al tema para una mayor claridad respecto al problema a investigar. La imaginación es aquella facultad encargada de componer y descomponer ideas, a través de un ejercicio de asociación de ideas constante, los cuales funcionan por los principios de semejanza, contigüidad y causalidad, teniendo como efecto una ficción de identidad otorgada por la imaginación o fantasía como Hume la entiende, pero que para nuestra defensa sobre

una posible identidad personal que Hume no negó y que es de carácter psicológico, una ficción tan sólo imaginativa no es suficiente, centrándonos principalmente en lo explicado por Hume de que *es la memoria la fuente de la identidad personal*, lo cual nos entrega una pieza invaluable para dar nuestra respuesta de que la identidad personal en el análisis de Hume es un análisis psicológico.

Estudiar a Hume hoy en día para nosotros es muy importante, no tan sólo por lo atrayente que es su filosofía, sino por tener un carácter moderno respecto al cómo funciona la mente humana y sobre el poder buscar la claridad en la filosofía como ciencia, y sobre todo el valorar el esfuerzo que tuvo, a pesar de ser rechazado en su época, de querer salvar la naturaleza humana a través de un estudio garantizado por la observación y la experiencia.

El concepto de la identidad personal tuvo un impacto enorme en toda la época moderna, tanto en la corriente racionalista como empirista, siempre fue un tema central el estudio del hombre y su identidad, hoy en día podemos ver que el tema de la identidad personal sigue vigente y sigue siendo de interés para distintos saberes científicos, psicológicos, sociológicos y filosóficos, que indagan desde sus distintos métodos para encontrar respuestas a esta problemática dentro de la naturaleza humana.

Reconocemos la nobleza y humildad por parte de Hume, respecto a su insatisfacción respecto a ciertas nociones que él no pudo explicar de manera más clara, pero que le deja a la posteridad a aquellos interesados en el tema, poder descubrir y aclarar la problemática de la identidad personal, manteniendo hasta el final de sus días esa esencia clave dentro de la filosófica, el amor por la sabiduría que es la búsqueda incesante de la verdad.

Capítulo I

La experiencia sensible: base de la Epistemología de Hume

1.1 La experiencia como fuente para las percepciones mentales del hombre: impresiones e ideas

Para entender el concepto de identidad personal en el pensamiento de Hume y ver sus alcances es necesario analizar en primer lugar su epistemología, pues sin este análisis nos sería imposible poder armar y cumplir los objetivos de esta investigación, por lo que es absolutamente fundamental comenzar desde este punto. En la sección sobre “el entendimiento” del *Tratado de la Naturaleza Humana* (Hume, 2008), David Hume propone fundar bases consistentes para adquirir un sistema seguro para el progreso de toda ciencia, y para adquirirlo “la única fundamentación sólida para la ciencia del hombre está en la experiencia y la observación” (Hume 2008, p.37). Es tan importante esta afirmación de fundar un nuevo método basado en la experiencia observable, que sin esto no se podría conocer la naturaleza del hombre en ningún aspecto, es la misma naturaleza del hombre en donde según Hume concuerdan todas estas ciencias, por lo que la experiencia sensible es el origen, el límite y la fuente de validez legítima del entendimiento. Para sintetizar, todos los contenidos de la mente proceden de la experiencia, pues alberga todos los contenidos de consciencia y en general todo lo cognoscible.

Es evidente que todas las ciencias se relacionan en mayor o menor grado con la naturaleza humana, y aunque algunas parezcan desenvolverse a gran distancia de ésta regresan finalmente a ella por una u otra vía. Incluso las matemáticas, la filosofía natural y la religión natural dependen de algún modo de la ciencia del hombre, pues están bajo la comprensión de los hombres y son juzgadas según las capacidades de éstos (Hume, 2008, p.40)

Antes del análisis de la epistemología de Hume y su relación con la identidad, es necesario hacer notar el objeto central de Hume. Este es “extender el método de la ciencia newtoniana al estudio de la naturaleza del hombre y de su conducta, en la medida en que ello sea posible. Se debe también destacar que Hume como heredero de la tradición empirista continuó con el trabajo de sus antecesores como Locke, Shaftesbury, Hutcheson y Butler” (Tasset 2012, p.42). En nuestra investigación destacaremos algunos alcances de Locke respecto a Hume, y sobre todo en su teoría de las ideas que está al comienzo del capítulo I del libro II de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (Locke, 1999). A esto le dedicaremos un poco más de atención por su influencia respecto al concepto de experiencia, para así destacar su teoría en la epistemología humeana, ya que la pregunta sobre cómo obtenemos conocimiento es el objeto central de los pensadores de la edad moderna.

Independiente de la rama filosófica de pensamiento que hayan tenido los filósofos de la modernidad (racionalismo- empirismo), es el hombre y su adquisición cognoscitiva el núcleo de investigación, iniciando sus reflexiones sobre la génesis de las ideas. Rábade nos ejemplifica sobre lo que se entendía en aquella época sobre la obtención de conocimiento de la mente humana, respecto a estas dos corrientes, dice que “nuestra conciencia sería, una conciencia cargada de contenidos innatos adquiriendo una capacidad de auto despliegue de sí misma (racionalismo) y por otro lado que nuestra conciencia sería como algo vacío, de carácter pasivo, en expectativa de recibir unos contenidos de los que está desprovista (empirismo)” (Rábade 2004, p.79).

John Locke, como buen empirista, al decir que nuestra mente es un papel en blanco libre de toda inscripción, se transforma en la clave para entender de qué trata el empirismo y cuál es la base de nuestro conocimiento, desde la perspectiva y tradición empírica:

“Supongamos entonces, que la mente sea, como se dice, un papel en blanco, limpio de toda inscripción, sin ninguna idea ¿cómo llega a tenerlas? ¿De dónde se genera la mente de ese prodigioso cúmulo que lo activa y la ilimitada imaginación del hombre ha pintado en ella, en una variedad casi infinita? ¿De dónde saca todo ese material de la razón y del conocimiento? A esto contesto con una sola palabra, de la experiencia: he allí el fundamento de todo nuestro saber, y de allí es de donde en última instancia se deriva”

(Locke 1999, p. 83).

Al igual que Locke, Hume parte admitiendo la autoridad que tiene la experiencia y de no sobrepasar los límites impuestos por esta misma. Es por esto que comienza estableciendo este nuevo método aplicado a las ciencias para la comprensión de la naturaleza humana. El ser humano conoce a partir de la experiencia y no puede ir más allá de ella. De esta manera obtendremos los principios para que toda conclusión que se adquiriera o saque tenga respaldo empírico, sin ese respaldo serían divagaciones débiles sin sentido. Este método podría incluso mejorar asuntos morales en la sociedad humana. Además Hume interpreta la moral como la ciencia del hombre, cuyo objeto central es buscar una respuesta clara al modo en cómo el hombre piensa, siente y sobre todo actúa. En lo que respecta a la moralidad, ésta tiene una equivalencia con la ciencia de la naturaleza humana, pues la moral tiene como objeto el bienestar del hombre en su realidad social, la cual se separa en innumerables actividades, por lo que toda actividad racional tienen por objeto al hombre. Hume dirige su pensamiento a una valoración de la ciencia, pero no confusa y abstrusa, sino clara y humana. Destaco una importante afirmación sobre el sentido común de su dirección crítica:

Concedo tu pasión por la ciencia, les dice, pero haz que tu ciencia sea humana, de tal modo que pueda referirse directamente a la acción y la sociedad. El pensamiento abstruso y las indagaciones profundas yo las prohíbo, y severamente las castigaré con la melancolía pensativa que conllevan, la incerteza sin fin en que te envuelven, y con la fría recepción que tus pretendidos descubrimientos encontrarán cuando los comuniqués. Sé un filósofo, pero, en medio de toda tu filosofía, sé todavía un hombre (Hume 2004, p.37).

En último término, este principio empirista (experiencia) se transforma en el criterio último para separar el conocimiento verdadero del abstruso, este último es aquel que va más allá de la experiencia o incluye nociones que rebasan este principio. Si pensamos en esta filosofía experimental y su negación a todo conocimiento confuso y poco claro, destacamos de manera instantánea la connotación escéptica de nuestro autor, referente a cualquier otra entidad inteligible que sobrepase los límites de la experiencia, la cual es la base más sólida del conocimiento desde el criterio empirista, por lo que se presenta una falta o carencia de poder justificar y verificar experimentalmente aquellas ideas de las cuales constituyen muchas de nuestras creencias habituales en nuestra vida diaria, pero este escepticismo no conlleva a una negación radical de lo que no podemos conocer, sino que en rigor no podemos acercarnos a realidades que no sabemos si existen o no.

Para comprender el concepto de experiencia en Hume es necesario destacar los términos de sensación y lo que respecta al fenómeno sensitivo. Se podría entender que la sensación en Hume se basa en la inmediatez, la fuerza o vivacidad, mientras que el fenómeno sensible apunta a lo que se nos presenta de forma instantánea, la realidad sensitiva. Víctor Sanz determina que “la circunscripción del conocimiento a la experiencia hace de esta una de las nociones claves de la filosofía de Hume, a la que alude con frecuencia en sus obras, consciente de su relevancia [...], por lo que Hume manifiesta el talante empírico de su pensamiento.” (Sanz 1991, p. 299).

La experiencia para Hume, es el origen y fuente de todo lo cognoscible y es la única vía en donde podemos tener una imagen más clara de lo que es el hombre, de cómo actúa y conoce, por lo tanto la experiencia es pieza clave para cuando llegemos al ámbito de la identidad personal, pues es en la experiencia aquella realidad y herramienta en la que el hombre se crea¹.

El hombre es el núcleo de todo su pensamiento, la experiencia observable será clave para este nuevo método fundamentado bajo esta misma, para así obtener más claridad en las distintas áreas que están bajo la comprensión del hombre mismo (artes, disciplinas y ciencias). Jose Luis Tasset en su estudio introductorio sobre Hume, nos dice “que la experiencia de la que debe partir el filósofo es, por un lado, la procedente de la introspección y, por otro—y más importante--, la extraída de la observación de la vida y de la conducta humana” (Tasset 2007, p.41). Barry Stroud, también lo explica de una manera muy clara: “pues los hombres son desde luego también objetos de la naturaleza, y por tanto forman también parte del objeto de estudio de la filosofía natural. Un Hombre que cae de un puente se acelera en la misma proporción que una piedra que cae a su lado, y golpea el agua al mismo tiempo que ella” (Stroud 2005, p.12).

En el pensamiento de Hume, encontramos en la mente (*mind*), *percepciones*, las cuales son las que contienen toda la información que nos da la experiencia como material para nuestra conciencia. Son el primer dato epistemológico que se nos origina y lo único observable. Estas se manifiestan a nivel consciente en nuestros actos mentales, por lo cual serían las únicas

¹ En rigor, para el empirismo en general y sobre todo en Hume, como máximo exponente de esta corriente, la experiencia es la fuente de todos los datos empíricos que se nos presentan (percepciones), por lo que debemos partir desde la observación y no pretender iniciarlo desde la mente misma o una intuición de la esencia de esta, pues para Hume esto escapa de nuestra comprensión, por lo que al hacerlo al revés oscurecería la investigación sobre los mecanismos asociativos de la mente humana.

existencias de las que podemos estar seguros. Agrego a esto una definición clara por parte de Hume respecto a lo que es percepción: “Si los dos objetos están presentes a los sentidos, junto con la relación, llamamos a ello percepción, más bien que razonamiento; y no hay en este caso ejercicio alguno del pensamiento, ni tampoco acción alguna – hablando con propiedad -, sino una mera admisión pasiva de las impresiones a través de los órganos sensibles” (Hume 2008, p.132)

Estas percepciones, se dividen en dos clases, las *impresiones* y las *ideas*. Las impresiones son los datos inmediatos de la experiencia, las sensaciones propiamente dichas. Las ideas serían sólo copias o imágenes débiles de las impresiones en el pensamiento o la razón. Pero más que la inmediatez en que estas impresiones llegan a nosotros, la radical diferencia es la vivacidad con que actúan en el hombre. ”Aun el pensamiento más vívido es inferior a la más mortecina sensación” (Hume, 2004, p.53). Es esta misma vivacidad y fuerza que hay en las percepciones, sobre todo en las impresiones, la clave para todo el rompecabezas humeano de su teoría del conocimiento, siendo esta vivacidad la que diferencia estas percepciones. “La diferencia entre ambas consiste en los grados de fuerza y vivacidad con que inciden sobre la mente y se abren camino en nuestro pensamiento y conciencia” (Hume 2008, p. 43).

Las impresiones como claramente dice esta parte del tratado de Hume, entran con mayor fuerza a nuestra conciencia. Hume admite rigurosamente que son las impresiones (*sensaciones, emociones y pasiones*) aquellas que se adquieren con mayor violencia a la mente humana, es la vivacidad y fuerza en cómo se adquieren la principal línea que enmarca la diferencia e influencia entre estas dos clases de datos epistémicos, pues este contraste de viveza en como entran es la que más reitera Hume en su tratado, es lo central en la

diferenciación que hace a lo largo de toda su reflexión filosófica. Las impresiones son las que realmente sentimos, esto tiene relación con el sentimiento, pues estos nacen por la fuerza en como entran las impresiones a nuestra mente, están más presentes y son más inmediatas. La inmediatez de las impresiones es una característica de lo que Hume comprende por experiencia reciente, impresiones vivas y observaciones, todo eso se puede interpretar como lo inmediato al hombre entregado por la experiencia sensible.

El modo de comprender el funcionamiento de las percepciones para Hume es muy delicado y a la vez abstruso, pues es muy fácil confundir una idea con una impresión, por ejemplo: cuando soñamos o tenemos algún tipo de reacción como el miedo o la alegría, en este caso lo que entra con mayor fuerza son las emociones, las cuales corresponden en primer caso a las impresiones, quedando estas como imágenes en la mente. Las ideas son tan sólo imágenes o copias débiles de menor fuerza que las impresiones (principio de copia), pero esto no quiere decir que cumplan roles totalmente diferentes, ya que lo que diferencia ambos tipos de percepciones es tan sólo la intensidad en cómo entran en el hombre. Pero la mayor diferencia que se acentúa es entre el sentir y pensar lo que da automáticamente más relevancia a las sensaciones y en cómo estas llegan a la mente humana.

También en un segundo aspecto, las percepciones (impresiones e ideas) se dividen en *simples* y *complejas*. Las primeras no admiten distinción ni separación, como una mancha de cierto color o la idea de color azul. Se podría entender una percepción compleja, la cual se conforma o constituye por varias percepciones simples, estas pueden ser divididas en partes, el ejemplo de la manzana es el más claro argumento que da Hume:

Las percepciones simples (impresiones o ideas) son tales que no admiten distinción ni separación. Las complejas son lo contrario que éstas, y pueden dividirse en partes. Aunque un color, sabor y olor particulares

sean cualidades que estén todas unidas en esta manzana, por ejemplo, es fácil darse cuenta de que no son lo mismo, sino de que, por lo menos, son distinguibles unas de otras (Hume 2008, p. 44).

Se puede inferir entonces, que de dicha idea compleja se pueden separar distintas percepciones simples, lo que no se podría establecer en una idea simple o de una manera más clara aún, si veo una mancha azul en este momento, es eso una impresión simple y cuando pienso en esa mancha azul sin verlo en este momento es una idea simple. Si voy a un cerro y me siento a observar desde lo alto la ciudad de Concepción, eso es una impresión compleja y lo mismo ocurre al tener ese recuerdo en mi conciencia, el cual se transforma en una idea compleja. Francisco Pereira Gandarillas, nos dice que “en última instancia todas nuestras percepciones complejas, ya sean impresiones o ideas, pueden ser descompuestas hasta llegar a unidades indivisibles, átomos (atomismo humeano) que constituyen la materia prima de toda actividad mental consciente” (Pereira 2009, p. 63).

La correspondencia que existe entre impresiones e ideas es bastante clara, pero Hume admite que las ideas que siempre nos formamos son copias y tan solo representaciones de las impresiones que he sentido. Todo para Hume, sea cual sea la idea que tengamos proviene de alguna impresión, como también toda impresión simple tiene una idea que le corresponda, por lo que ambas especies de percepción están en completa vinculación. Por ende, la idea simple corresponde siempre a la impresión simple, pero sin embargo la idea compleja no siempre corresponde a la impresión compleja, en el sentido de que, si observo la ciudad de Concepción, esta me la puedo imaginar de otra manera, como una ciudad hecha de plata u oro, por lo que esta idea fantástica la puedo descomponer en ideas simples. Es acá donde la imaginación juega un rol fundamental en el principio de copia y la conexión de ideas derivadas de aquella fuente de percepciones llamada experiencia, esta se tratará más adelante.

La realidad para Hume es impresión, por lo que no existe idea que no venga de una impresión, si estas no son oriundas de aquellas, carecerían por completo de realidad, y no podrían ser justificadas por ningún medio, pues toda percepción tiene como base la experiencia, la cual sí tiene justificación empírica. La impresión es la clave en la gnoseología humeana para toda su descripción y análisis epistémico, tal como señala Sergio Rábade en que “efectivamente, así es, sobre todo por lo que se refiere a la definición de impresión, pieza no solamente primera en la gnoseología de Hume, sino pieza clave, tanto por ser la que mejor representa el carácter de inmediatez, definitorio del empirismo de Hume, como porque en ella vamos a ver embrionariamente prefigurado todo su sistema fenomenista” (Rábade 2004, p. 310).

Otra importante división que hace Hume respecto a las impresiones, son las de *sensación* (impresiones originales) y *reflexión*, la segunda corresponde a todo lo que son nuestras ideas, ya que las de sensación se manifiestan en primera instancia en nuestros sentidos, estas pueden ser de dolor, placer, etc. Esto automáticamente es copiado por la mente y permanece en ella.

Las de sensación son aquellas que surgen del alma a partir de “causas desconocidas” (*from unknown causes*), Aquí Hume se niega a atribuirles una fuente determinable, pero dentro del orden empírico, estas están ligadas a la excitación de nuestros sentidos (dolor, placer). Sólo nos quedamos en que provocan acontecimientos psíquicos, en los cuales hay diferencias de claridad, lo cual provoca a la acción y conocimiento. Con todo este logro se puede pensar que Hume al abordar tal preocupación por el cómo actuamos, apuntaba más a una preocupación por la comodidad que a las condiciones de la experiencia. Con esto podemos notar una filosofía con vistas a un fin práctico y no sólo teórico.

Los dolores y placeres corporales son fuente de muchas pasiones, lo mismo cuando son sentidos interiormente que cuando la mente los examina, sin embargo, ellos mismos surgen originalmente en el alma (o

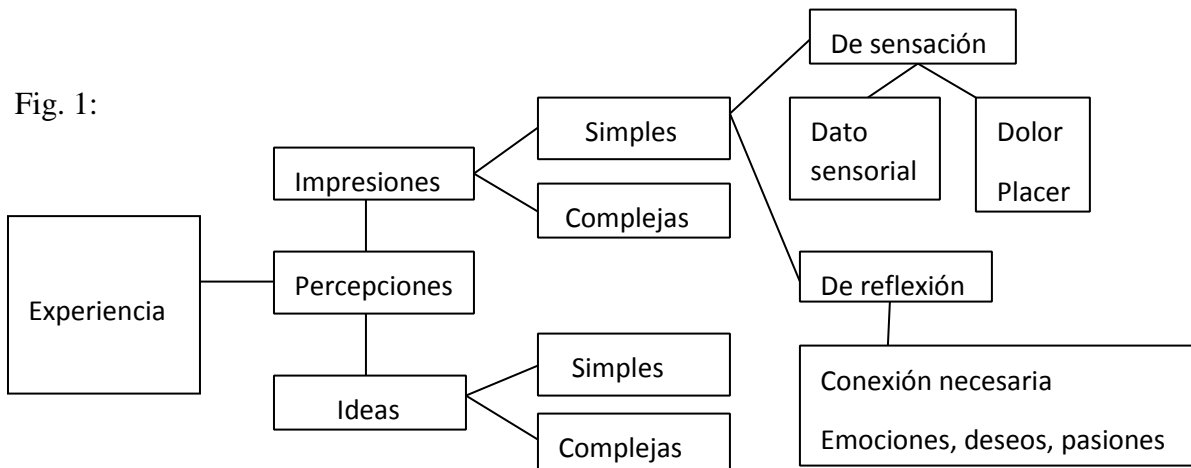
en el cuerpo, llamadlo como gustéis) sin ningún pensamiento o percepción precedentes. Un ataque de gota produce una larga serie de pasiones, como pesar, esperanza, miedo, etc., pero el ataque mismo no se deriva de ninguna afección o idea (Hume 2008, p. 388).

De estas impresiones de sensación existen copias en la mente que permanecen luego que cesa tal impresión con mayor vivacidad, es aquí donde se nos presenta una idea de sensación, al momento de incidir esta idea en el alma produce nuevas impresiones de odio, deseo, aversión, miedo, etc. Y es recién ahí donde aparecen las impresiones de reflexión. Estas derivan en gran medida de nuestras ideas y así produciendo conexión de ideas en la imaginación y orden de aquellas en la memoria. En esto Hume es bien riguroso al darle prioridad a las impresiones como elemento primario para toda su construcción gnoseológica. Se extrae de todo el análisis humeano el carácter originario que le da a las impresiones de sensación, ya que las de reflexión derivan de estas, lo cual reafirma la importancia radical de la impresión en su filosofía.

Podemos ejemplificar cuando nos golpeamos la pierna contra el concreto, ese mismo golpe con el concreto es una impresión de sensación (nos produce dolor), al recordar tal golpe, tengo la idea del dolor que me generó, esta idea me produce una impresión aversiva, al ver el concreto, lo segundo es la impresión de reflexión. Es importante saber para el criterio de veracidad de una idea, preguntar de qué impresión deriva, por lo que al hallar tal derivación, la idea termina como algo verdadero, en el caso de que no fuera así, su veracidad tan solo es errónea y por lo tanto no tiene respaldo empírico. Todo este análisis por parte de Hume, es un análisis que evita la ambigüedad en lo que respecta al origen de nuestras ideas, no podemos quedarnos con la idea de que Hume tan solo se sostiene con el ámbito de la experiencia sensorial para una claridad epistémica y psicológica, en que la primera apunta al origen de nuestro conocimiento y el segundo a un estudio riguroso de los mecanismos mentales o

cognoscitivos. Es fundamental la participación de las ideas para un conocimiento certero, claro está, que la primacía de las sensaciones se da por el lugar en el cual estas participan en el orden cognoscitivo. Las impresiones como las ideas, se sostienen y dependen unas de otras, a pesar de que las impresiones antecedan a las ideas. Esquematizo de la siguiente forma su teoría inicial de las

ideas²:



Finalmente Hume termina formulando la proposición de que “todas nuestras ideas simples, en su primera aparición se derivan de impresiones simples a la que corresponden y representan exactamente” (Hume 2008, p.46)

En modo resumido destacaré los puntos principales vistos hasta ahora:

- 1-Las percepciones son las que sostienen todos los contenidos de la mente humana.
- 2-Las percepciones se presentan en impresiones e ideas a la mente humana.
- 3-Hay percepciones simples y complejas, las ideas complejas se conforman por las primeras.

² Es importante resaltar, que en este esquema se destacan los elementos primarios de la teoría de las ideas de Hume, más adelante se analizarán otros conceptos memoria e imaginación que son de gran importancia para la investigación.

4-La diferencia entre ambos tipos de percepciones está en el grado de fuerza y vivacidad.

5-Las impresiones de reflexión son oriundas de las de sensación, estas siempre las anteceden.

6- Hay una correspondencia entre impresiones e ideas.

Ya al destacar los principales puntos respecto al orden de las percepciones podemos decir:

Hay una correspondencia entre impresiones e ideas. Toda idea que tengamos debe tener una impresión que la anteceda, por lo que las ideas pueden ser representaciones de nuestras impresiones provenientes de la experiencia. Este principio tendrá una gran relevancia al analizar el principio de causalidad.

Es muy importante reconocer que en esta parte de su tratado, Hume se dedicó más a conocer los mecanismos de la mente humana, lo cual denota un modo psicológico de asociación. Es de modo psicológico por el hecho de que pretende excluir todo presupuesto, para así mantenerse en el nivel de la experiencia auténtica, es decir, se encamina hacia los hechos psíquicos, es la primacía de los datos empíricos la verdadera claridad para conocer y desarrollar conocimiento.

Hume quiso determinar el alcance del conocimiento humano, el cual está conectado con la moralidad, así analizando su desarrollo dentro de un punto de vista social y determinar la forma en cómo sentimos y actuamos. El objeto central es descubrir los principios que regulan nuestro entendimiento, así por efecto conoceremos de una manera clara la naturaleza del hombre, en su actuar y en el modo cómo piensa, rechazando la cuestión sobre tener ideas innatas y dándole primacía a la verificación empírica perceptual, pues, como ya se mencionó antes, toda idea que no provenga de ninguna impresión, no tiene realidad, valor, ni claridad.

García Roca en su estudio “Sobre el positivismo y la ilustración: la filosofía de David Hume”, dice que “las condiciones para el desarrollo de esta <<nueva filosofía>> son el abandono de los asuntos abstrusos y manifiestamente alejados del alcance del conocimiento humano, así como el rechazo de todas las hipótesis que no sean sino conjeturas especulativas inverificables por la experiencia” (García 1981, p. 24).

O como dice el estudio introductorio sobre Hume de Tasset, que la intención básica de Hume era: “Trasplantar el método de las ciencias de la naturaleza a la filosofía” (Tasset 2012, p. 43).

Hume buscaba esclarecer todos aquellos contenidos anteriores y que por eso buscaba la prueba para la negación del innatismo cartesiano (Descartes, 2011).

Si en Descartes vemos una subjetivación del mundo convirtiéndolo en una representación puramente mental, Hume también lo subjetiviza, entendiéndolo como un dato de la experiencia. Casi al final de este capítulo se analizará más en profundidad respecto al concepto de sustancia y la negación por parte de Hume hacia esto, en relación a la problemática del desarrollo de nuestro yo o identidad personal.

La negación que hace Hume respecto al innatismo en las ideas es bastante ambigua, en su *Investigación del conocimiento humano* (Enquiry), reafirma que todas nuestras ideas son antecedidas por las impresiones, por lo que no son más que débiles copias, pero argumenta que hay un innatismo en las impresiones por su carácter de inmediatez y naturaleza (innato = natural), por lo que declara que el título de innato corresponde a las impresiones por derecho empírico y no por algo ininteligible. Rábade respecto a esto argumenta que “de hecho la filosofía moderna es una filosofía de la conciencia más que una filosofía de las cosas. Pero la

conciencia opera y trabaja sobre algo que se <<supone>> o se <<sabe>> recibido de las cosas, sin que, en principio, quepa suponer ni saber más de lo que recibo. Y lo que recibo es su aparecer, su manifestación, y ello a través de la puerta obligada de los sentidos, en la mayoría de los casos” (Rábade 1975, p. 21).

Se destaca, con todo este avance de identificaciones perceptuales para el descubrimiento de la funcionalidad cognoscitiva del hombre, que Hume como buen empirista convierte a las sensaciones como el tribunal de un conocimiento de fenómenos, es la sensibilidad el tribunal de este mismo conocimiento, por lo que debe tener verificación empírica, ya que sin la autoridad de las sensaciones no habría un conocimiento verdadero de la naturaleza del hombre, acá se rechaza todo esencialismo y se sustenta en un saber de experiencia inmediata (Pereira 2009, p.57)³.

Tal inmediatez que nos entrega la experiencia, es la base principal para la regeneración de nuestra identidad, que, por este mismo flujo de percepciones inmediatas entregadas a nuestra conciencia, no se mantendría igual, por el mismo motivo de cambio constante. Por lo tanto, al igual que en su antecesor John Locke, hay una permanente insistencia en la sensibilidad y que de igual manera criticó duramente al innatismo. Donde nos dice: “No veo ninguna razón para creer que el alma piensa antes de que los sentidos le hayan proporcionado ideas para pensar sobre ellas” (Locke 1999, p .41)

³ Pereira, hace ver en su lectura, el atomismo inserto en la epistemología de Hume. Es la experiencia el fundamento de todo lo cognoscible a la mente humana. Todo lo cognoscible se transforma en átomos mentales, los cuales se obtienen de manera pasiva y es desde esto en donde se comienzan a elaborar elementos más complejos. Por lo tanto la experiencia sensible es la fuente originaria a partir de la cual se obtienen los materiales primitivos e indivisibles del pensamiento. Podemos agregar además la intención de Hume de agregar o extender el método de la filosofía newtoniana al estudio de la naturaleza del hombre y sobre todo en su conducta, dentro de nuestros alcances.

Por lo tanto, para poder fundar una nueva ciencia del hombre, se debe dar la tarea de encontrar hasta los últimos principios (ley de asociación) en los que los fenómenos aparecen y desarrollan, así no excediendo aquello que sostiene esta fundamentación de relaciones. Se debe tener en cuenta que esta es la base crítica al concepto de sustancia y a las ideas abstrusas, oscuras o abstractas, como las denomina Hume, pues si sobrepasamos lo que subyace aquellos principios, sería caer nuevamente en aquella metafísica oscura y confusa, transformando a la filosofía netamente en un saber delirante, quimérico y ficticio.

En la introducción de su *Tratado* Hume nos dice: “Por eso, al intentar explicar los principios de la naturaleza humana proponemos, de hecho, un sistema completo de las ciencias, edificado sobre un fundamento casi enteramente nuevo, y el único sobre el que las ciencias puedan basarse con seguridad” (Hume 2008, p. 37).

Y aunque debemos esforzarnos por hacer nuestros principios tan generales como sea posible, planificando nuestros experimentos hasta el último extremo y explicando todos los efectos a partir del menor número posible de causas y de las más simples, es con todo cierto que no podemos ir más allá de la experiencia; toda hipótesis que pretenda descubrir las últimas cualidades originarias de la naturaleza humana deberá rechazarse desde el principio como presuntuosa y quimérica (Hume 2008, p. 39)

1.2. La libertad imaginativa, relaciones de ideas y ámbitos del conocimiento.

Ya teniendo el primer análisis del cómo se origina el conocimiento y de la fuerte conexión que hay entre impresiones e ideas, Hume habla de dos tipos de facultades cognoscitivas en las que retenemos nuestra actividad del pensamiento y en el cual se asocian, *la memoria y la imaginación*. En la memoria las ideas llegan con más fuerza y son

mayormente vívidas que la imaginación. Cito una frase de su investigación sobre el entendimiento humano que lo refleja claramente:

Pero aunque nuestro pensamiento parezca poseer esta ilimitada libertad, tras un examen más pormenorizado encontraremos que realmente está confinado dentro de límites muy estrechos, y que todo este poder creativo de la mente no es más que la facultad de componer, transponer, aumentar o disminuir los materiales que nos ofrecen los sentidos y la experiencia (Hume 2004, p. 57).

Otra diferencia es que en cierto sentido la memoria está determinada a mantener y ordenar las ideas, esta preserva la forma original de las percepciones, pero lo principal de la facultad de la memoria es mantener la resolución y posición de las ideas. En cambio, la facultad imaginativa no está determinada, esta no guarda el mismo orden que la memoria.

La imaginación para Hume es un estado natural de conciencia alterada, trastocada, la cual altera el orden de las ideas, es el caso de las fábulas, de la poesía, la fantasía, el hablar de dragones, etc. La imaginación es pieza clave para cuando se trate el tema de la identidad, por el sólo hecho de tener la capacidad de fingir ciertas realidades sin comprobación factual. Esta produce constantes cambios psíquicos, deslizándose de una idea a otra. Hay un fluir constante de percepciones, en que la imaginación une y desune las ideas, coleccionando y transformando nuestra actividad mental o cognoscitiva. Por lo que su influencia en la identidad toma un rol fundamental.

Para hablar de estas dos facultades Hume remite a un principio de conexión de pensamientos e ideas:

Es evidente que existe un principio de conexión entre los diversos pensamientos o ideas de la mente, y que, al parecer en la memoria o en la imaginación, unos introducen a otros un cierto grado de método y regularidad. En nuestros pensamientos o discursos más serios esto es tan manifiesto que cualquier pensamiento particular

que rompa el hilo regular o la cadena de ideas se detecta y rechaza de inmediato. E incluso en nuestras más libres y errantes fantasías, y hasta en nuestros sueños, encontraremos, si reflexionamos, que la imaginación, no corrió completamente a la aventura, sino que siempre hubo una conexión entre las diferentes ideas que las sucedían (Hume 2004, p. 67).

Hume en su ensayo dice que “Aunque no sea demasiado obvio como para haber pasado desapercibido el que diferentes ideas se conectan entre sí, no sé de filósofo alguno que haya intentado enumerar o clasificar todos los principios de asociación; asunto que, sin embargo, que se muestra digno de atención” (Hume 2004, p.68).

Esto se dirige como una crítica al trabajo de Locke en su *Ensayo del entendimiento humano* respecto a las conexiones naturales que se dan en nuestras ideas, pero Locke no realizó la magna tarea de saber qué principios rigen estas ideas, ya que a Hume le interesó enumerar y ordenar todos estos principios que deben ser precisos y universales, principios que fundamentan el progreso de toda ciencia en relación con la naturaleza humana. Se destaca su trinidad combinatoria de relación (*semejanza, contigüidad, causa y efecto*). La triple relación de principios es uno de los aportes de los cuales Hume se sintió más orgulloso.

Hume evita la ambigüedad en un sentido caótico mental y diagnostica un orden en el manejo y control de las ideas como un hecho innegable justificado por cualidades, relaciones y principios. Esta asociación incluso influye en la excitación de nuestras emociones, como el orgullo y la humildad, pues la idea de asociación en Hume, se interpreta como un principio natural gnoseológico o como Sergio Rábade lo llama: un “dinamismo asociativo” (Rábade 1975, p.164)⁴, el cual se rige por estos tres principios fundamentales ya mencionados. Para

⁴ Rábade advierte en su obra que el dinamismo asociativo es basado exclusiva y únicamente por la experiencia, el cual se logra entender únicamente por la causalidad, con este respecto, la causalidad se analizará en mayor profundidad al final de este capítulo.

que quede más claro, aunque la imaginación pueda generar ideas de la forma que quiera, según Hume normalmente sigue unos principios y esto es la asociación de ideas. Por lo que todas estas elucidaciones proporcionan a Hume un criterio gnoseológico. En el libro II de las pasiones Hume habla sobre este importantísimo trabajo que se da en la mente interpretándolo como una asociación mental.

Para seguir nuestro propósito necesitaremos reflexionar sobre ciertas propiedades de la naturaleza humana que, a pesar de tener una poderosa influencia sobre cada operación del entendimiento y las pasiones, no son comúnmente puestas por los filósofos. La primera es la asociación de ideas [...] la mente es incapaz de fijarse constantemente sobre una idea por mucho tiempo y, por más esfuerzos que haga, nunca podrá conseguir tal constancia. Sin embargo, y por cambiantes que puedan ser nuestros pensamientos, estos cambios no se producen absolutamente sin regla ni medida. La regla por la que proceden consiste en pasar de un objeto a otro semejante, contiguo o producido por él. Cuando se presenta una idea a la imaginación, cualquier otra idea unida por esas relaciones sigue naturalmente aquélla y aparece con mayor facilidad gracias a esta mediación (Hume 2008, p.398).

Este es uno de los mejores párrafos donde Hume explica, en el *Tratado*, las relaciones de ideas. Esto ayudará a entender también la influencia con la que Hume afronta todo su análisis sobre las ideas abstractas o generales, las cuales netamente nacen por cualidades de semejanza (asociación de impresiones) que le atribuimos a objetos particulares, dependiendo de la circunstancia que se requiera o nazca, aplicado al ámbito de la costumbre o hábito en los hombres. Así de una manera sintética, esta asociación da origen a las ideas complejas revisadas anteriormente.

Podemos adelantar con el análisis de la imaginación y la memoria, aquel juego de ideas que hay sobre todo en la primera facultad, en que tales ideas en asociación no se mantienen igual, al ser ya copias débiles de nuestras impresiones, estas no están con la misma

fuerza y por lo tanto pasarían a ser sólo imágenes en constante flujo, lo que nos anticipa la dudosa permanencia e invariabilidad de nuestro yo cognoscitivo.

Entonces el proceso pensante se reúne en una conexión. El hecho acá vuelve al inicio de equivalencia entre impresiones e ideas, tal correspondencia apunta a que nuestros pensamientos e ideas se vinculan por relaciones.

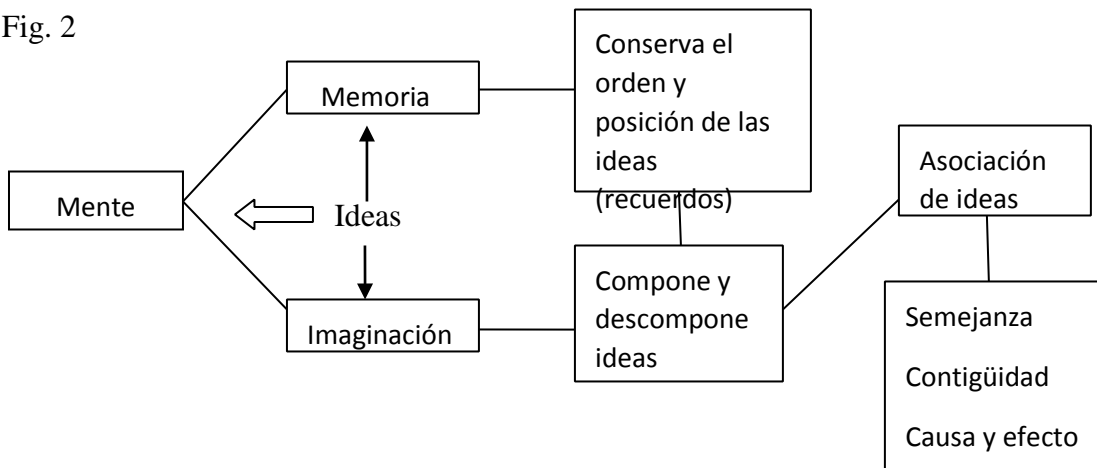
La aglutinación formal que le da al proceso del conocimiento, hace que se necesite saber cuáles son las relaciones que se dan en las ideas y buscar aquellos principios que ayudan a tal conexión. Hume nombra tres cualidades que surgen en la mente para la génesis de asociación: semejanza, contigüidad en tiempo y lugar, y causa y efecto, estas se pueden entender como las reglas que sistematizan la operación de la imaginación, estas reglas la ordenan en sí misma en todo tiempo y lugar. Sanz dice que “el principio de asociación humeano obedece a un motivo práctico, o sea a una justificación teórica de esa tendencia natural del hombre común a suponer una correspondencia entre su pensamiento y la realidad” (Sanz 1991, p. 302) .De estas tres cualidades la que más influye en tal asociación es la de causa y efecto. Hume dice que no es necesario suponer o dudar sobre estos principios, ya que tan solo en la manera en cómo ordenamos y suplimos en la práctica nuestros proyectos nos damos cuenta de cómo condicionamos la realidad gracias a esta conexión natural mental. Podemos ejemplificar por medio de situaciones diarias aquellos principios:

- A) Semejanza: Podemos intentar recordar un cuadro que hemos visto. En este caso nuestra mente se intenta remontar al cuadro original.
- B) Contigüidad: esta se desdobra en *espacial* y *temporal*. La primera se puede ejemplificar para cuando nos hablan de una sala o aula, acá nuestra mente intentará establecer una representación de toda un aula, esta no puede ser representada en el vacío. La segunda

nos hacen referencia cuando nos hablan de hechos del pasado, porque en nuestra mente no lo imaginamos de forma aislada sino que aparecen sucesos o situaciones de la misma época.

C) Causa y efecto: se utiliza en accidentes, porque siempre nos preguntamos por su causa. De las tres leyes o principios según Hume, es esta la que produce la conexión más fuerte en nuestra imaginación y es la que más determina nuestra forma de pensar.

Fig. 2



De que estos principios sirvan para conectar las ideas, creo que no se dudará mucho. Una pintura conduce de forma natural nuestros pensamientos hasta el original (semejanza); la mención de un apartamento en un edificio, naturalmente introduce una indagación o una plática concerniente a los otros (contigüidad), y si pensamos en una herida, difícilmente podremos evitar reflexionar sobre el dolor que le sigue (causa y efecto) (Hume 2004, p. 69).

Baste por el momento con señalar que no hay relación que produzca una conexión más fuerte en la fantasía y que haga que una idea recuerde más rápidamente a otra, que la relación de causa y efectos entre sus objetos (Hume 2008, p.55)⁵.

También en su investigación, respecto al ejemplo que hace sobre el escritor, analista o historiador dice:

A veces, una inevitable ignorancia torna todos sus esfuerzos inútiles; otras, suple con la conjetura lo que le falta de conocimiento; pero siempre es consciente de que, cuanto menos rota la cadena que presenta a los lectores, más perfecta será su obra. Comprende que el conocimiento de las causas no es sólo el más satisfactorio, ya que esta relación o conexión es la más fuerte de todas, sino también el más instructivo; puesto que sólo por este conocimiento nos es posible controlar los eventos y gobernar el futuro (Hume 2004, p.73).

Vicente San Felix Vidarte dice que “dada la comprensión que Hume tenía de la ciencia de la naturaleza humana como la disciplina que debía resultar de aplicar el método experimental a las cuestiones morales, es comprensible la importancia que concedió al principio de la asociación de ideas. El mismo permitía agregar la analogía de Newton. De modo análogo a como este insigne filósofo natural había conseguido determinar el principio que conecta los elementos del mundo físico—la gravedad--, podía pensar Hume que él había determinado el principio que conecta los elementos del mundo mental” (Vidarte 2004, p.70).

Esto podemos verificarlo en la sección IV de la primera parte de su *Tratado*:

Hay aquí una especie de atracción, que se encontrará tiene en el mundo mental efectos tan extraordinarios como en el natural, y que se revela en formas tan múltiples como variadas. Sus efectos son visibles por todas partes,

⁵ Es necesario decir lo que Hume entiende por *Fantasía*, esta palabra es asociada con la imaginación, como también se le puede asociar a la *inteligencia*. Es un hecho esta afirmación, en todo el Tratado Hume relaciona a la ficción o fantasía con la imaginación. Este plano se desarrollará más en el segundo capítulo donde abordaremos nuestro tema central de investigación, la identidad personal.

aunque sus causas sean en su mayor parte desconocidas y deban reducirse a las cualidades originarias de la naturaleza humana – cualidades que yo no pretendo explicar (Hume 2008, p.57).

Hume nos dice que estos principios nos permiten en cierta manera, moldear la realidad y poder conectarnos con lo exterior a nosotros mismos, lo exterior sería el “cemento del universo” (Hume 2004, p.78).

Es importante recalcar que “cemento del universo” es sinónimo de semejanza, contigüidad y causalidad, al ser los únicos lazos de nuestros pensamientos, pero desde un punto de vista más epistémico que moral, pues a esto después Hume agrega la vivacidad de nuestras impresiones a la creencia de los objetos externos, dirigiendo esto a una filosofía más practica (la moral).

La búsqueda de Hume sobre este principio de unión dado en la imaginación se une a la notable indagación que hace sobre la unión de ideas simples convertidas a ideas complejas, las cuales nacen por la “cualidad asociativa”, “atracción” o “fuerza suave” (esta fuerza suave también es comparada por Hume con las leyes newtonianas, hay una especie de atracción que ocurre tanto en el mundo inteligible como el físico) que son sinónimos en la filosofía de Hume. Tales ideas complejas terminan siendo para el filósofo el asunto a entender, y que pueden dividirse en *relaciones, modos y sustancias*.

Las primeras se dividen en relaciones naturales y filosóficas:

- a) Relaciones naturales de asociación: Tan solo designan las cualidades (semejanza, contigüidad, causa y efecto) en que dos ideas están conectadas entre sí en la imaginación, por lo que una se adentra en la otra.

b) Relaciones filosóficas: denominan la comparación de ideas y son siete (semejanza, identidad, espacio y tiempo, cantidad o número, grados, contrariedad, causas y efectos). Las relaciones filosóficas se subsumen dentro de las de relaciones, pues las filosóficas se fundamentan por las relaciones naturales.

I-Semejanza: todo objeto que admita comparación debe tener algún grado de semejanza, pero esta relación no siempre produce una asociación de ideas.

II- Identidad: Tiene que ver con objetos constantes e invariables, para Hume la relación de identidad es la más universal de todas, ya que es común a todo ser cuya existencia tenga alguna duración (Hume 2008, p.59)

III-Espacio y Tiempo: Son las segundas relaciones más universales y extensas después de la de identidad, éstas dan origen a infinitos números de comparaciones: arriba, abajo, lejano, cerca, etc.

IV-Cantidad o número: forman otro origen muy prolífero de relaciones.

V-Grados: a pesar del parentesco de los objetos en color, peso, siempre admiten comparación.

VI-Contrariedad: refiere a las ideas de existencia y no existencia, a pesar de tener mucha semejanza. Podemos adelantar el hecho de la importancia que tiene la contrariedad en la causalidad humeana, al igual que la certeza y la probabilidad.

VII-Causas y efectos: no es imposible pensar de modo conjunto sobre las ideas entre las que establecemos lazos causales, así como cuando el agua nos obliga a pensar en una vertiente o un río.

Para Hume hay siete especies diferentes de relaciones filosóficas, las cuales ya han sido nombradas: la semejanza, la identidad, relaciones de tiempo y lugar, proporción en cantidad y número, grados de una cualidad, contrariedad y causalidad. Por lo que Hume los aplica a dos ámbitos o clases de conocimiento, aplicando su segundo principio dicotómico, es decir, todo objeto de investigación y la razón pueden dividirse en dos grupos. Estos son:

- 1) *Relaciones de ideas*
- 2) *Cuestiones de Hecho.*

Respecto a las relaciones de ideas, estas nacen por reflexión abstracta, son objetos de certeza, estas son: la semejanza, la contrariedad, grados de cualidad y las proporciones de cantidad y número. Para Hume estas dependen y son dominio de la intuición más que una demostración. Estas son aquellas que conforman o constituyen ciencias en un sentido estricto y fundante. Un ejemplo de esto es la matemática, ya que sólo se ocupa de relaciones entre ideas y no depende de cuestiones de existencia. Las afirmaciones matemáticas no pueden ser refutadas por la experiencia, por lo que en sus proposiciones hay una estricta formalidad.

El segundo grupo de relaciones que serán las tres restantes de estas siete: “estas no dependen de la idea, y que pueden estar ausentes o presentes, aunque esa idea continúe siendo la misma” (Hume 2008, p. 132).

Estas no dependen de las ideas ni por conocimiento abstracto, sino únicamente por la experiencia. Estas son: La identidad, situaciones en tiempo y lugar y causalidad. Estas tres relaciones se dan y mantienen entre seres existentes, no por ideas o mejor dicho ideales, pero Hume agrega que la “causalidad es la única que nos da información de una realidad concreta y certera” (Hume 2008, p.133). El ejemplo que nos da Hume sobre que “el sol saldrá mañana”

es información fáctica, por lo que este enunciado es contingente y particular, creemos que el sol saldrá mañana porque la experiencia hasta el momento nos ha demostrado que cada día sale el sol, pero esto no es una verdad innegable como los enunciados matemáticos. Más adelante nos daremos cuenta de que la causalidad más que tener una cierta “certeza”, nos ofrece *creencia*, la cual se logra por *costumbre*. Tasset nos dice que “lo más característico de la teoría de la razón de Hume no es que señale que el ámbito del conocimiento empírico o probable posee una certeza distinta al demostrativo, sino que afirma la no- reductibilidad de un conocimiento a otro y su similar legitimidad: El conocimiento reductivo matemático no es ya el ideal al que deba reducirse todo otro conocimiento” (Tasset 2012, p.50).

Tanto la semejanza como los grados de cualidad son descubiertas por la intuición directa y no por la demostración, están de una manera casi instantáneamente aprehendidas. Esto se puede entender como la gran evidencia directa otorgada por la experiencia.

Sobre la relación de cantidad y número, la lectura se torna bastante ambigua, pues de un modo parecido se confunde con la relación de cualidad, pues las describe de formas muy parecidas, basadas en la simple aprehensión, esto es bastante abstruso al momento de ver la diferencia numérica, tanto en cantidad superior o inferior, hablando desde un punto de vista numérico.

En nuestro razonamiento, establecemos comparaciones y relaciones entre objetos existentes, en estos se dan relaciones constantes e inconstantes ya sea que estén presentes o no lo estén. Cuando un objeto o una cantidad de estos están presentes a nuestros sentidos, se le denomina percepción más que razonamiento. En cierto sentido poseemos una admisión pasiva de las sensaciones. Es por esto que Hume nos aclara el panorama respecto a la relación de identidad y de las de tiempo y lugar.

Según este modo de pensar, no deberemos admitir como razonamiento ninguna de las observaciones que podamos hacer con respecto a la identidad y las relaciones de tiempo y lugar, dado que en ninguna de ellas puede ir la mente más allá de lo inmediatamente presente a los sentidos, sea para descubrir la existencia real o las relaciones de los objetos (Hume 2008, p. 132).

Al rescatar estos datos de la epistemología humeana, hay un dato aún más relevante y concreto que añade Hume, y este nos dice que sólo la causalidad nos permite alcanzar un conocimiento, más allá del momento en que se posee dicha experiencia. Admite en rigor que tanto la relación de identidad o del espacio y del tiempo, son influenciadas por el dominio de la causalidad. Es decir todo conocimiento de hechos está fundado en la relación causa y efecto, y por ello es necesario examinar bien en qué consiste.

Sólo la causalidad produce una conexión tal que nos cerciora de la existencia o acción de un objeto seguido o precedido de una existencia o acción de un objeto seguido o precedido de una existencia o acción (Hume 2008, p.132).

En el texto citado, se puede ver lo importante que es la participación de la causalidad en la noción de identidad, pues es relevante para ver lo perfecto e imperfecto en la identidad, y de cómo entendemos esta noción del *my self* humenano. Ésta, aunque se nos presente de forma inmediata a nuestras impresiones de modo experiencial, no se puede desvincular de la causa y el efecto. Hume se propone como objeto hacer una <<filosofía de la naturaleza humana>> también saber sus dinamismos naturales, por lo que su interés principal apunta a la realidad justificada, no al artificio, arbitrario o abstruso. Sergio Rábade nos explica este interés por parte de Hume: “Por eso, si nos sorprende que algunas relaciones (semejanza, causa-efecto e incluso la contigüidad bajo la denominación de espacio y tiempo) se repitan en las naturales y filosóficas, pensamos que a Hume no le van a interesar tales relaciones en cuanto

arbitrariamente construidas por nosotros comparando, sino en cuanto son una operación natural de asociación” (Rábade 2004, p.338).

Nada hay en los objetos que nos persuade de que están siempre alejados o siempre contiguos. Cuando descubrimos por experiencia y observación que su relación es invariable en ese respecto, concluimos siempre que hay allí alguna causa secreta, que los separa o los une. El mismo razonamiento puede extenderse al caso de la *identidad*. Fácilmente suponemos que un objeto puede seguir siendo individualmente el mismo, aunque algunas veces esté presente a los sentidos y otras no; y le atribuimos identidad, a pesar de la discontinuidad de la percepción, siempre que concluimos que, si hubiera permanecido constantemente al alcance de nuestros ojos o de nuestra mano, habría producido una percepción invariable y continua. Pero esta conclusión, que va más allá de las impresiones de nuestros sentidos, únicamente puede basarse en la conexión de causa y efecto. De otro modo no podríamos asegurar en absoluto que el objeto no ha cambiado, por mucho que el nuevo objeto pudiera parecerse al que estaba antes presente a nuestros sentidos. Siempre que descubrimos una semejanza perfecta de este tipo consideramos si es ello común a esta especie de objetos, o si es posible o probable que alguna causa pueda haber actuado para producir el cambio y la semejanza; y según como nos decidamos con respecto a estas causas y efectos formulamos nuestro juicio sobre la identidad del objeto (Hume 2008, p.132).

Podemos retener tres elementos fundamentales visto hasta ahora en la epistemología de Hume:

- a) Hay una primacía de las *impresiones* sobre las *ideas*
- b) En la mente hay dos facultades cognoscitivas, estas son la *memoria* y la *imaginación*.

Esta última conectada a la facultad memorial, funciona a través de una *asociación de ideas*, lo cual produce el conocimiento abstracto.

- c) Hay una división en los ámbitos de conocimiento. Estos son el demostrativo (*relaciones de ideas*) y el probable (*cuestiones de hecho*). De este último nacen los conceptos de la *creencia* y el *hábito*.

Es importante entender, que para poder desarrollar nuestro tema de investigación de fondo, es absolutamente necesario remarcar estos principales principios gnoseológicos. La identidad está ligada a estos principios, los cuales son los que forman nuestro entendimiento, el cual es abstracto y variable. Por ende el tema de la causalidad como relación natural y filosófica nos permite saber el origen de otras ideas. En nuestro caso: la construcción de la identidad personal.

Un caso especial ocurre con las *sustancias* y *los modos*, estos para Hume se reducen a una relación de ideas unidas por la imaginación, sería tan solo como una especie de colección de ideas naturales, a las cuales agregamos nombres para poder tener el recuerdo de aquellas, tanto de nosotros como de otros individuos. Respecto a la sustancia, el empirista argumenta que no proviene de ninguna impresión, ni de las de sensación ni las de reflexión, y que su unidad depende exclusivamente de la imaginación.

1.3 La crítica a la sustancia y la problemática hacia una construcción de la identidad:

En el racionalismo el concepto de sustancia es una de las categorías fundamentales. Podemos destacar una definición de Descartes: “una cosa que existe de tal modo que no necesita de ninguna otra para existir” (Descartes 2011, p.69). Esto se transformaría como el punto base respecto a la sustancia en el racionalismo.

De modo general el concepto de sustancia es definido y entendido como “la estancia debajo de, en el sentido de lo que está debajo de. La sustancia está debajo de cualidades o accidentes, sirviéndoles de soporte, de modo que las cualidades y accidentes pueden cambiar en tanto que la sustancia permanece. Un cambio de cualidades o accidentes no equivale necesariamente a que la sustancia pase a ser otra” (Ferrater 1971, p. 735).

Para poder entender la crítica de Hume a la sustancia, debemos relacionarlo de manera inmediata a la crítica de su antecesor John Locke. Este pensador nos dice que nuestra mente está dotada de mecanismos que nos ayudan a identificar cualidades sensibles, la cual puede elaborar sus propias nociones, estas pueden ser tanto claras como abstractas, teniendo en cuenta que tales nociones se forman a partir del principio más importante del empirismo: la experiencia.

Lo único que podemos conocer mediante nuestra capacidad sensitiva a criterio de Locke son aquellas cualidades sensibles en las cosas, pero como la sustancia es tan sólo a modo de definición aquello que sostiene todo lo que tenga existencia, o que está debajo de aquellas cualidades sensibles, no puede representar ninguna cualidad sensible, por el hecho de no ser en sí un ente sensible que se nos represente en la mente. Por lo tanto la noción de sustancia para Locke se transformaría en una noción oscura que para poder aceptarla se necesitaría la génesis de tal idea. Destaco la siguiente reflexión del empirista: “De allí que, cuando hablamos o pensamos en alguna clase particular de sustancia corpórea, como caballo, piedra, etc., aunque la idea que tenemos de ambas no sea sino la complejidad o combinación de aquellas diversas ideas simples de las cualidades sensibles que habitualmente encontramos unidas en esas cosas llamadas caballo y piedra, sin embargo, porque no podemos concebir de qué manera puedan subsistir solas, ni la una en la otra, suponemos que existen y que están sostenidas en y por un sujeto que les sea común; el cual soporte designamos con el nombre de sustancia, si bien es seguro que no tenemos ninguna idea clara o distinta acerca de esa cosa que suponemos sea el soporte” (Locke 1999, p. 277).

Tal búsqueda de su procedencia también se convierte en criterio de validación para Hume, pues todo contenido mental debe tener procedencia factual, o sea una impresión, para que así tal concepto pueda ser válido. Por lo que es necesario para Hume preguntar:

¿Si la noción de sustancia es una idea, deriva de alguna impresión?

Hume a esto responde que esta idea no se puede clasificar en su teoría respecto a los elementos básicos del conocimiento, pues para Hume todo es percepción y como sabemos debe tener contenido empírico. Ya Hume en su sistema, divide las percepciones en impresiones e ideas, ambas aparecen en la mente clasificadas como ideas simples y complejas, con la primacía de las impresiones como antecesoras y más vivaces que las ideas, también pasan a tener una división, que son las impresiones de sensación y de reflexión. Esto ya se convierte en un problema en la claridad de la noción de sustancia, pues esta no se identifica con ningún color, sabor, olor o alguna cualidad particular (impresiones de sensación) que nos cause alguna impresión y que no puede descomponerse en ideas simples, en Hume todo debe tener procedencia desde la experiencia, por lo cual es imposible encontrarle tal derivación, lo cual lo convierte en una entidad dudosa.

En la lectura de Copleston dice que “ por la posición empirista general que hay en Hume, apunta de modo obvio a un fenomenismo consecuente, es decir extiende la interpretación fenomenista de las cosas del campo de los cuerpos al de los espíritus o mentes”(Copleston 1982, p.255)⁶.

⁶ Este autor nos indica este rechazo por parte de Hume a los vestigios escolásticos que aún estaban en las reflexiones de Locke y Berkeley, respecto a sus convicciones sobre la sustancia, la material y espiritual.

Esta extensión fenomenista al ámbito mental y espiritual, cumple un papel importante para cuando Hume al final del primer libro de su Tratado llegue al tema de la identidad personal, pues el yo se termina diluyendo de la misma manera que la sustancia.

La idea de sustancia, como la de modo, no es sino una colección de ideas simples unidas por la imaginación y que poseen un nombre particular asignado a ellas, mediante el cual somos capaces de recordar-- a nosotros o a otros--- esa colección. Pero la diferencia entre estas ideas consiste en que las cualidades particulares que forman una sustancia son referidas por lo común a algo desconocido en que se supone inhiere; o bien, concediendo que esa ficción no tenga lugar, se supone que al menos están estrecha e inseparablemente conectadas entre sí por relaciones de contigüidad y causalidad (Hume 2008, p. 61).

En la sección sobre *la inmaterialidad del alma*, Hume nos dice:

En lo que nos respecta a la mente, el tema se encuentra sometido no sólo a las mismas dificultades, sino agravado incluso por otras adicionales y peculiares. Como toda idea se deriva de una impresión precedente, si tuviéramos alguna idea de sustancia de nuestra mente deberíamos también tener una impresión de ésta, cosa que resulta muy difícil, si no también imposible, de concebir (Hume, 2008, p.331).

Es un hecho de que toda su crítica se fundamenta bajo su primer principio epistémico, de que todas aquellas ideas que tengamos deberán tener alguna impresión que las anteceda o corresponda. También podemos adelantar que tal principio será también su piedra de tropiezo al no poder encontrarle salida al problema del yo como noción ficticia y sustancial, estandarizando al yo en un montón de percepciones variables basadas en procesos o estados mentales.

Entonces ese algo desconocido, es la ficción de la sustancia, su inteligibilidad, el fingir algo invisible que tan solo es producto de la facultad imaginativa por no tener dimensión empírica capaz de dar alguna impresión sensitiva, esto es parte fundamental de la crítica a la noción de sustancia realizada por Hume, el cual admite que la noción de sustancia debe ser

catalogada como una entidad abstrusa o metafísica, la cual no tiene fundamento. La imaginación, la cual funciona por mecanismos de asociación, es la fuente de donde provienen todas aquellas ideas combinadas, aquella fantasía o ficción que nos hace asimilar conceptos abstrusos o claros (causalidad, realidad externa, el yo) o como lo menciona Rábade, que “la imaginación es la obrera oculta del trabajo asociativo”. Esta sería una de las principales barreras que impide a Hume trascender su teoría epistémica empirista, pues limita la introducción de una metafísica en la realidad, lo cual va ligado al problema de una aceptación del conocimiento de los cuerpos externos y la identidad. Por ende, Hume intenta fundar una metafísica de la experiencia por el sólo hecho de su descubrimiento de relaciones o principios que establece en su epistemología, los cuales son de carácter normativo, regulando el conocimiento en la realidad, que, como ya hemos mencionado, serían el cemento del universo, el soporte del conocimiento.

Cabe decir entonces que la noción de sustancia es tan solo una colección de ideas simples unidas por la imaginación, en cierto modo la identidad de la sustancia sería ficticia, imperfecta, por lo que dar una explicación metafísica a dicho término no es posible, por el hecho de que para Hume toda idea proviene de una impresión, como también sometiendo a crítica el “supuesto sostenedor desconocido” dicho por Locke, esa unión que se da en las ideas, lo que nos lleva a suponer que por costumbre hay un cierto sustrato que les da firmeza para su subsistencia. Toda la crítica al concepto de sustancia, va unido y nos anticipa a la crítica de Hume al yo sustancial, como algo que al igual que la sustancia tampoco puede ser percibido, pues suponemos una existencia del yo como una entidad substancial que es de por sí nuestro conocimiento interior de él, por lo que aplica el mismo criterio empírico, es decir, indagar de qué impresión proviene tal idea.

Es esta crítica una clara evidencia de la posición de Hume, respecto a fundamentar el conocimiento en la experiencia, la cual sería el renacer de una nueva metafísica, una metafísica de la experiencia, desplazando a la abstrusa, oscura y confusa. Esta deberá fundarse en cimientos sólidos, que procedan directamente de la experiencia como base y límite de toda obtención cognitiva. Por lo que al poder descubrir ciertas normas, un cierto orden en la naturaleza mental del hombre, podremos conocer su actuar en cierta forma determinada, lo cual apunta instantáneamente a un interés por la moralidad, ambos puntos tanto en la manera en cómo pensamos y la manera en cómo llevamos y enfrentamos nuestra durabilidad existencial es lo que realmente le interesa esclarecer a Hume, lo que se transforma en una filosofía con objetivos no tan sólo teóricos sino también pragmáticos.

1.4 Sobre lo abstracto y general en nuestras ideas: Locke, Berkeley y Hume

Al reconocer ya la existencia de una conexión de ideas en la mente, Hume se pregunta cómo es posible que podamos alcanzar ideas generales o abstractas, con esto destaca la tesis de Berkeley en donde dice que:

Un gran filósofo ha combatido la opinión tradicional sobre este asunto, afirmando que todas las ideas generales no son sino ideas particulares añadidas a un cierto término que les confiere mayor extensión, y que hace que recuerden ocasionalmente a otros individuos similares a ellas (Hume 2008, p. 62).

Respecto a su antecesor John Locke, nos dice que “todo nuestro conocimiento es de ideas particulares. Todas nuestras sensaciones son ideas particulares, qué uso hacemos entonces de las ideas generales, puesto que ni las conocemos ni las percibimos (Locke 1999, p.37).

El punto central es la problemática de si las ideas abstractas son generales o particulares, lo cual se convierte en un obstáculo permanente en el pensamiento moderno. Hume aplica un principio fundamental para la solución de este problema. El principio trata de que todo aquello que es diferente es distinguible y lo distinguible es separable por el pensamiento o por la imaginación. Teniendo como base principal la realidad misma y que, como vimos, sucede lo mismo con la noción de sustancia (principio de copia).

En rigor la pregunta humeana trata sobre ¿hasta qué punto son verdaderas, realmente dan alguna especie de respuesta o derivan de alguna impresión? En esto Hume responde con el *principio de semejanza*, esta semejanza sería una especie de hallazgo al observar muchas cosas, que tienen algo en común, y al tener algo en común aplicamos un solo nombre, inclusive si hubiera diferencias.

Cuando hemos encontrado semejanza entre varios objetos – como nos ocurre frecuentemente— aplicamos el mismo nombre a todos ellos, con independencia de las diferencias que podamos observar en los grados de su cantidad y cualidad y en cualesquiera otras diferencias que puedan aparecer entre ellos (Hume 2008, p.66).

Además, la cualidad de asemejar objetos particulares es tan amplia que tiene incluso efectos en la costumbre que adquirimos, ya con la palabra, por ejemplo, la palabra “hombre” en general.

Combinando la palabra con la audición, la segunda nos revive la idea y desde un sentido mental la imaginación revive aquella idea de forma general.

Después de haber adquirido una costumbre tal, la audición de ese nombre nos hace revivir la idea de uno de estos objetos, y lleva a la imaginación a concebirlo con todas sus circunstancias y proporciones peculiares (Hume 2008, p.67).

Entendemos a modo resumido que la idea abstracta o general, en rigor apunta a un hábito o una costumbre, cuya influencia por parte de la facultad imaginativa es innegable. Esta sería la naturaleza de las ideas abstractas.

Una idea particular se convierte en general al ser unida, a un término general; esto es a un término que por una conjunción debida a la costumbre guarda relación con muchas otras ideas particulares y las hace fácilmente presentes a la imaginación (Hume 2008, p.69).

Es realmente impresionante la importancia de la costumbre en Hume, que incluso la asume como algo necesario y real, pues de modo simple nos formamos la idea de un objeto o individuo al emplear un término general como un “perro”, un “color” o un triángulo particular, pues al nombrar la palabra perro nos imaginamos muchos perros o tipos de perros, pero esto ocurre porque llegamos hasta agotar el número de estos individuos debido a la semejanza, los cuales se representan por la costumbre, dependiendo de la ocasión y la memoria.

Hume trata de dar una respuesta satisfactoria a este acto de formarnos términos generales, pues no siempre nos preguntamos de cuantas ideas simples están compuestas las ideas complejas, por lo que se remitiría a lo mismo en las ideas generales y a la participación de la imaginación.

Nada hay más admirable que la rapidez con que la imaginación sugiere sus ideas y las presenta en el instante mismo en que se habían hecho útiles y necesarias (Hume 2008, p.70).

También podemos agregar la crítica que hace Hume a los matemáticos, respecto al uso de las facultades del alma, con respecto a lo abstracto y poco claro en el uso de algunas nociones con respecto al campo de las ideas:

A los matemáticos les es habitual pretender que las ideas de que se ocupan son de naturaleza tan refinada y espiritual que no son del dominio de la fantasía, sino que deben ser comprendidas por una visión pura e intelectual de la que sólo las facultades del alma son capaces. Esta misma noción se extiende a través de la mayor parte de las cuestiones filosóficas, y se hace principalmente uso de ella para explicar nuestras ideas abstractas, y para mostrar cómo podemos hacernos una idea de un triángulo, por ejemplo, ni isósceles, ni escaleno, ni delimitado por una particular longitud y proporción de los lados. Es fácil ver por qué los filósofos son tan amigos de estas nociones espirituales y refinadas: obrando de esta manera ocultan muchos de sus absurdos, negándose a aceptar las decisiones basadas en las ideas claras apelando a las que son oscuras e inciertas. Pero para destruir esta estratagema no necesitamos sino reflexionar en el principio insistido, según el cual todas nuestras ideas están copiadas de nuestras impresiones (Hume 2008, p.130)

Ernst Cassirer defiende este argumento de Hume diciendo que “ se consideraba desde siempre que el verdadero mérito de la matemática consistía en no versar sobre la existencia mismas de las cosas, sino solamente sobre sus representaciones; en no guardar relación con la existencia de los objetos, sino solamente con la cualidad de las “ideas” mismas”(Cassirer 1956, p.293). Las formas con las que trabaja el conocimiento matemático no se conectan de manera total a la realidad, sino más bien a la propia naturaleza psíquica, cuya naturaleza centrada de combinación se da gracias a la imaginación como la facultad que asocia ideas, a través de principios.

1.5. La causalidad y la creencia, bases de la identidad personal.

Unas de las nociones más importantes en la filosofía de Hume, es la idea de causalidad. Esta noción está fuertemente presente en la identidad personal, y por ende merece de nuestra atención y análisis, para así enriquecer de mejor manera el tema y objetivo central de estudio.

El principio de causalidad en Hume, dentro de toda su epistemología es su base fundamental, desde el análisis del cómo obtenemos conocimiento y de las relaciones de los

contenidos de la mente humana (impresiones e ideas). Podemos decir que desde el principio o realización de su epistemología, la noción de causalidad ha estado presente, pues “todas nuestras ideas se derivan de impresiones correspondientes” (Hume 2008, p.174).

Como la noción de causalidad es aquella noción más importante dentro de las tres relaciones filosóficas naturales como la semejanza y contigüidad, pero para Hume es indispensable una explicación consistente en la relación de tales mecanismos que producen aquella asociación mental, para así adquirir nuevos conocimientos. Justificando con mayor claridad el conocimiento cotidiano unido a una exposición de la construcción racional de las ciencias.

Como ya lo habíamos analizado anteriormente, Hume distinguió dos ámbitos o niveles del conocimiento, las relaciones de ideas y cuestiones de hecho. Las primeras son aquellas relaciones de tipo deductivo, como el conocimiento matemático. Las cuestiones de hecho refieren al mundo exterior, a la experiencia misma, otorgando así nuevos conocimientos y no reduciendo nuestro saber a sólo un saber deductivo. Tal conocimiento sólo puede ser justificado y validado por la experiencia. Por ende el conocimiento deductivo- matemático no es ya el ideal al que debe reducirse todo otro conocimiento. Podemos volver a reiterar el argumento de Tasset que nos dice que “esta afirmación de la irreductibilidad de las inferencias empíricas probables a las demostraciones matemáticas es la afirmación más importante de Hume a la teoría del conocimiento. Con esta tesis, Hume se está oponiendo a la metafísica, que considera que lo universal y lo racional encierran y contienen lo concreto, que sólo hay ciencia de lo universal” (Tasset 2012, p. 50).

Si bien esta noción nos sirve para conducirnos en nuestra vida, también se convierte en el fundamento de las ciencias empíricas, ya que sus respuestas a los problemas, puedan tener

grados de probabilidad. Hay una cierta conexión entre lo que se observa en la realidad y aquello que no podemos observar, infiriendo que por presenciar un hecho, lo relacionamos a otro. Es por esto que se podría decir que adquirimos una creencia acerca de lo que no podemos observar, pero teniendo como base lo ya observado.

Como en las secciones anteriores, Hume sometió a crítica aquellos conceptos como la sustancia o aquellas ideas metafísicas abstractas con su principio de derivación empírica o perceptual, también lo hará con la idea de causa, por lo que es necesario saber de qué impresión deriva tal idea, así accediendo a la génesis correspondiente de esta, y poder alcanzar claros conocimientos.

En la tercera parte de su *Tratado*, en la sección tercera, Hume se pregunta ¿por qué una causa es siempre necesaria? Hacia esta pregunta, Hume parte afirmando como máxima general de la disciplina filosófica “que todo lo que empieza a existir debe tener una causa de su existencia”.

Con esto se entiende que la causalidad es la única relación que se puede denominar como natural y filosófica⁷, que avanza más allá de nuestros sentidos, en este caso la causalidad depende de la noción de semejanza. Aunque por mínimas en detalle que sean, se podría predecir el futuro, aunque no sea con un grado de certeza absoluta y que aparte nos informa de objetos existentes que ni vemos, ni oímos, ni tocamos. Se podría entender a la causalidad

⁷ La causalidad es una relación natural por el hecho de ser útil en nuestra vida diaria, en el sentido de conocer cuestiones y desarrollos en la existencia, como por ejemplo para cuando un objeto impacta con otro. También es filosófica al momento de ser utilizada en construcciones mentales, por medio de la imaginación, para así explicar un hecho, pero desde un punto de vista científico.

como una conducción sólida para nuestra vida y también para las ciencias empíricas, que con sus respuestas el grado de probabilidad es más alto.

Es muy valioso el aporte humeano respecto a la noción de causalidad en su sentido de conexión con lo que podemos ver y lo que no podemos ver, sobre lo que está más allá de nuestra capacidad sensitiva en el presente, reduciendo el alcance y sentido del término mismo, ocurriendo un cambio semántico, pasando de un campo netamente metafísico para aplicarle un criterio epistemológico. Esto se relaciona con la creencia, pues con la causalidad adquirimos la creencia en objetos que no vemos, lo cual nos otorga fuerza para suponer que están en el presente, por lo ya observado.

La creencia nos hace variar en el modo en cómo concebimos a los objetos, proporcionando más fuerza y vivacidad adicionales. “Es obvio que esta cadena de argumentos, o conexión de causas y efectos, está basada en principio sobre caracteres o letras vistos o recordados, y que sin la autoridad de la memoria o los sentidos todo nuestro razonamiento sería quimérico e infundado, pues en ese caso cada eslabón de la cadena pendería de otro, pero no habría cosa alguna fijada al extremo, capaz de sostener el todo; y entonces no existiría ni creencia ni evidencia” (Hume 2008, p.145).

La única conexión (conexión necesaria) o relación objetual que nos lleva más allá de las impresiones inmediatas de nuestra memoria como ordenadora de las impresiones más vivaces y nuestros sentidos, es la relación de causa y efecto, pues para Hume la relación de causa y efecto es la única que nos permite basar una correcta o clara inferencia de un objeto a otro.

Podemos determinar la equivalencia que hay entre la conexión entre impresiones e ideas, la manera de asociarse, de su orden en la memoria y de su transformación o mantención en

la imaginación. Esto apunta a la visión de cómo Hume admite esta fundamental conexión que hay en nuestro dinamismo mental, nuestra costumbre y relación con el mundo. Es por esto que cualquier relación que pretenda rebasar el límite de mis impresiones o ideas reales, objeto de mi experiencia, se fundan sólo en la relación causa y efecto, que parece ser la única capaz de superar la evidencia de los sentidos y la memoria.

Prueba de esto, en relación con la conexión que se da en la relación de causa y efecto, Hume llega a lo mismo, a una especie de asociación, en el cual la inferencia depende fundamentalmente de la unión de ideas: “Por tanto, cuando la mente pasa de la idea o impresión de un objeto a la idea de otro, o creencia en él, no está determinada por la razón, sino por ciertos principios que asocian las ideas de estos objetos y las unen en la imaginación” (Hume 2008, p. 155).

Se reafirma aquí los tres principales principios de unión de ideas: la contigüidad, lo semejante y la conexión necesaria, llamados como los tres principios generales. La imaginación toma un papel fundamental en esta conexión causal, pues como ya en principio la fantasía (imaginación) modifica las débiles copias de las impresiones (ideas), como es en el caso de la palabra, que de una idea a otra provoca en nosotros la reflexión sobre una experiencia pasada, tal reflexión es gobernada en demasía por la libertad imaginativa, pero esto es tan solo parte de nuestras operaciones mentales, ya que la causalidad no solo está fundada en la reflexión o conjunción de ideas por la imaginación, sino que también tal relación que hay en los hechos se funda también por la costumbre, la cual es de cierta manera guiada por la creencia.

Esto se asocia a la creencia en la existencia continua y distinta de los cuerpos, lo cual va ligado a una evaluación crítica de la posibilidad de un yo como algo invariable, por lo que

Hume nos dice que la imaginación va más allá de los límites de la experiencia formando y al mismo tiempo fingiendo una ficción que no es sino el producto de la operación de las relaciones naturales, siendo la causalidad el principio natural más importante.

No tenemos otra noción de causa y efecto que la de ciertos objetos siempre unidos entre sí, y observados como inseparables en todos los casos pasados. Y no podemos penetrar en la razón de esa conjunción, sino que observamos tan sólo la cosa misma, hallando en todo momento que es por esa conjunción constante por lo que los objetos se unen en la imaginación (Hume 2008, p.157).

Hume parte preguntándose de donde procede esta idea de causalidad, por lo que se ve obligado a buscar de qué impresión proviene, lo cual nos abrirá el camino a su idea clara y correspondiente, y así lograr comprender razonamientos claros y no oscuros, pero al observar objetos, nada nos dice que en esos objetos pueda percibirse la idea de causalidad. Como ya hemos dicho anteriormente es necesario denotar de donde proviene la conexión necesaria de causa y efecto. Hume ya dijo que no deriva de ninguna impresión externa, pero que para poder acercarnos al origen de la idea de causalidad, la experiencia externa nos muestra tres elementos fundamentales: la contigüidad en el espacio, la prioridad en el tiempo, y la tercera que finalmente sería una especie de conjunción constante. Las dos primeras son fundamentales para aproximarnos a la conexión necesaria.

Hume trata de construir el camino para llegar al origen de esta idea, y para esto tiene un fundamento práctico.

La semejanza apunta a una experiencia mental en la cual al mirar un objeto, nos trae inmediatamente el recuerdo de otro, es como una especie de acompañante habitual, pues en este caso hay una uniformidad usual de contigüidad y sucesión.

A veces, una inevitable ignorancia torna todos sus esfuerzos inútiles; otras, suple con la conjetura lo que le falta de conocimiento; pero siempre es consciente de que, cuando menos rota la cadena que presenta a sus lectores, más perfecta será su obra. Comprende que el conocimiento de sus causas no es sólo el más satisfactorio, ya que esta relación o conexión es la más fuerte de todas, sino también el más instructivo; puesto que sólo por este conocimiento nos es posible controlar los eventos y gobernar el futuro (Hume 2004, p.73).

Recordemos que la contigüidad trata de que una cosa sea causa de otra implicando que de algún modo son contiguos, aunque en cierto modo sea a través de causas intermedias o de cadenas de causas, pero siendo esto no suficiente para llegar al origen de esta idea⁸. La conjunción constante en la uniformidad de fenómenos observados anteriormente, nos remite a un principio de analogía utilizado ya por Bacon en sus investigaciones empíricas que: “objetos parecidos en circunstancias parecidas producirán siempre efectos parecidos” (Hume 2008, p.173). Esto es la base primordial de toda inducción. Por ende, nace la pregunta sobre ¿Qué principio hace que nos formemos algún tipo de resultado semejante o idéntico?

Hume responde que este principio es el *hábito o costumbre*.

Al afirmar que tras la conjunción constante de dos objetos –calor, llama—por ejemplo, peso y solidez--. Únicamente la costumbre nos induce a esperar el uno por la presencia del otro. Esta hipótesis parece ser la única que explica la dificultad respecto de por qué realizamos, a partir de miles de casos, una inferencia que no podemos realizar a partir de uno solo y que de alguna manera difiere de ella. Todas las inferencias de la experiencia son entonces resultado de la costumbre y no del razonamiento. La costumbre es la gran orientadora de la vida humana (Hume 2004, p.85).

⁸ Al manifestarse los objetos ante nuestros sentidos, Hume nos dice que se manifiestan en una relación causal, que de manera constante presentan una uniformidad contigua en el espacio y una prioridad espacial. Para Hume el orden de la naturaleza humana es vital, para su desarrollo.

El hábito usa a la memoria como un medio, para esperar efectos iguales ante causas iguales, o sea, es tan relevante este principio de costumbre, que nos lleva a la *creencia*, en que la espera de los resultados, puedan ser formalmente los mismos.

Pero ¿*Qué es esta creencia de la que habla Hume y de qué trata?* La creencia se relaciona netamente con el presente, pues es tanto la idea con vivacidad, idea que nace por una impresión que le da esa fuerza.

Pero la creencia es algo más que una simple idea: es un determinado modo de formar una idea; y como una misma idea no puede ser modificada sino variando sus grados de fuerza y vivacidad, se sigue que la creencia, es una idea vivaz producida por una relación con una impresión presente (Hume 2008, p.162).

Hume realza la importancia de la creencia en su *apéndice*, de lo fundamental que es someter a examen el dinamismo de nuestra mente y con la fuerza que actúan las impresiones en nosotros, generando ideas vivaces, impresionándonos como algo real y consistente, transformándose en un hábito. Cito su importantísima reflexión de su *apéndice*:

Y si, tras una investigación imparcial, los filósofos llegan a la misma conclusión, que la tarea siguiente consistirá en examinar la analogía existente entre la creencia y los demás actos de la mente, así como en hallar la causa de la firmeza y vigor de la concepción. Por lo demás, no creo que ésta sea una difícil tarea. La transición desde una impresión inmediata vigoriza y aviva siempre cualquier idea. Cuando se presenta un objeto, la idea de acompañante habitual nos impresiona inmediatamente como algo real y consistente. La idea es más sentida que concebida, con lo que se hace semejante en fuerza e influencia a la impresión de que se deriva. Esto lo he probado ya por extenso, y no me siento capaz de añadir ningún nuevo argumento; sin embargo, cabe pensar que mis razonamientos acerca de todo este problema referente a la causa y el efecto habrían sido más convincentes si los pasajes que presento a continuación hubieran figurado en los lugares que aquí señalo (Hume 2008, p.828).

La creencia Hume la entiende como un sentimiento, que explaya mayor viveza y fuerza, su influencia es mayor en nuestras ideas más vividas, la creencia hace una especie de

grabación que gobierna nuestra mente, y se termina transformando en el principio vital que gobierna nuestras acciones en la vida diaria. ¿Cuál es la impresión entonces de la que deriva la conexión necesaria? La imaginación como ya se explicó anteriormente siente o cree, que los acontecimientos que ocurren en la realidad se conectan con ella, provocando una *necesidad*⁹:

Para toda esta operación es, pues, absolutamente necesaria una impresión presente; y si luego de comparar una impresión con una idea encuentro que la sola diferencia entre ambas consiste en sus distintos grados de fuerza y vivacidad, concluyo en general que la creencia es una concepción más viva e intensa de una idea, y que ello se debe a su relación con una impresión presente (Hume 2008, p.171).

Este párrafo es prueba de que el origen de la idea de conexión necesaria, es por una impresión (impresión de reflexión), con esto se admite que la causa no se abre paso a las cosas por las impresiones externas, sino por el presente, o sea la experiencia, es esta misma la que me expone el mundo, y que por el hábito o la costumbre logra que nuestra imaginación sienta o crea que de la misma manera sucederán otros hechos de la misma envergadura. Es esta experimentación sensible (sentimiento) lo que conforma la unión o conexión entre la causa y el efecto. Se agrega también que desde un punto de vista más epistemológico esto completa la inferencia causal humeana, por lo que más que tener una respuesta lógica sobre que “el sol saldrá mañana”, esta se responde desde el hábito o costumbre el cual se nutre por la creencia vivaz por impresiones repetitivas.

Es importante reconocer este aporte de Hume a la filosofía, en el cual el sentimiento cobra un rol fundamental, en nuestras acciones, acciones que son determinadas por nuestra

⁹ Pereira nos dice que la “necesidad”, entendida como necesidad causal es una idea original que surge en la mente sobre la base de algo que nosotros sentimos (Pereira 2009. p.172).

imaginación, la cual combina nuestras ideas, ideas que son muy fuertes y vivaces, pues es de ahí cómo nace nuestra creencia, la cual se puede interpretar como una creencia en el mundo, en la cual hago y recibo acciones. Es importante tener en cuenta que sin esta conexión necesaria que hay en las ideas, unidas al examen sobre su origen perceptual, no podrían desenvolverse en una afección que influya en nuestros hábitos frente a la realidad, y esto no es ajeno a la identidad personal.

No deberemos admitir como razonamiento ninguna de las observaciones que podamos hacer con respecto a la identidad y a las relaciones de tiempo y lugar, dado que en ninguna de ellas puede ir la mente más allá de lo inmediatamente presente a los sentidos, sea para descubrir la existencia real o las relaciones de los objetos (Hume 2008, p. 132).

Sobre el sentido de la creencia Hume dice que:

La creencia se puede entender como algo que no es propiamente obra de la razón, en cuanto sea una producción de la costumbre o asociaciones de estas. Tanto la creencia y el sentimiento están sumamente conectados, es la fuerza, la vivacidad y solidez de la impresión lo que hace que estén unidos. Es fundamental tener en cuenta que Hume admitía la falta de capacidad de poder explicar de forma cierta la creencia, pues también lo asume como un misterio inserto en la naturaleza humana, la cual a criterio de Hume procede únicamente por la costumbre. “Ahora bien, como denominamos COSTUMBRE a todo lo procedente de una repetición pasada sin ningún nuevo razonamiento o conclusión, podemos establecer como verdad segura que toda creencia que sigue a una impresión presente se deriva exclusivamente de ese origen (Hume 2008, pág. 171).

En esto podemos declarar el “naturalismo” que hay inserto en Hume. Pues su idea de causalidad apunta a un fin probable, que sólo podemos establecer a través de la creencia gobernada por la costumbre o hábito, agregando el importante rol del principio de semejanza que le atribuimos a los objetos en relación. Es por la misma costumbre en que nuestra mente

nos lleva a un rodeo de ideas o estados mentales, en lo que todo conocimiento de hechos o del mundo que hagamos se reduce a probabilidad. Hume mismo declara en la parte IV del primer libro de su tratado “Del escepticismo y otros sistemas de filosofía”, “que todos nuestros razonamientos concernientes a causas y efectos no se derivan sino de la costumbre, y que la creencia es más propiamente un acto de la parte sensitiva de nuestra naturaleza que de la cogitativa” (Hume 2008, p. 272).

He señalado frecuentemente que, además, de la causa y el efecto, las relaciones de semejanza y contigüidad deben ser consideradas como principios de asociación del pensamiento, y como capaces de llevar a la imaginación de una idea a otra. He señalado igualmente que cuando dos objetos se encuentran conectados por una de estas relaciones, basta con que uno de ellos esté directamente presente a la memoria o a los sentidos para que la mente no solo sea llevada al objeto correlativo mediante el principio de asociación, sino para que conciba también con fuerza y vigor adicionales, gracias a la acción conjunta de ese principio y de la impresión presente (Hume 2008, p.176).

Ya finalizando este primer capítulo, es necesario destacar que los mecanismos de asociación que se dan en la imaginación, son la cuna de todas aquellas ideas metafísicas como la sustancia, el yo y aquellas ideas abstractas que Hume pone en duda. Por lo que para nuestro autor es necesario aplicar el criterio empirista de significado de que toda idea debe tener una impresión que le corresponda, dicho de otro modo, toda idea debe someterse a examen factual, para que así pueda ser distinguida, separable y clara.

Como ya el concepto de identidad se ha considerado en el desarrollo de nuestra tesis, es necesario ya analizar lo visto hasta el momento, para así poder adentrarnos en definitiva en el tema central de nuestra investigación. Ordenemos lo visto hasta entonces:

- 1- La identidad es una relación filosófica, para cuando nuestra mente determina los objetos invariables.

- 2- De todas las relaciones filosóficas la relación de identidad es la más universal de todas, pues se aplica a todos los objetos que poseen alguna duración.
- 3- Se relaciona al igual que las ideas abstractas con los mecanismos de asociación dirigida por la imaginación.
- 4- Es perteneciente al tipo de conocimiento no auto-evidente ni demostrable, relación que se da en la experiencia, por lo que no nos otorga un conocimiento necesario.
- 5- Es influenciada por la relación de causalidad y al mismo tiempo dirigido por percepciones (experiencia) más que por razonamientos.

Fácilmente suponemos que un objeto puede seguir siendo individualmente el mismo, aunque unas veces esté presente a los sentidos y otras no; y le atribuimos identidad, a pesar de la discontinuidad de la percepción, siempre que concluimos que, si hubiera permanecido constantemente al alcance de nuestros ojos o de nuestra mano, habría producido una percepción invariable y continua. Pero esta conclusión, que va más allá de las impresiones de nuestros sentidos, únicamente puede basarse en la conexión de causa y efecto (Hume 2008, p. 133).

Ya destacados estos puntos iniciales respecto a la noción de identidad dentro de la epistemología de Hume, el segundo capítulo se embarca en el enigmático problema sobre la posibilidad de un yo o identidad personal, el cual se nos presenta en posiciones desconcertantes en sus primeras lecturas. Para entender de manera más honda el concepto de identidad en Hume, es necesario analizar sus reflexiones respecto al yo, el problema del mundo externo en relación con la creencia y el hábito, los cuales van estrechamente vinculados a nuestro tema de investigación.

Capítulo II

La identidad personal

Ya abordados las principales ideas del sistema, nos toca analizar y desarrollar el objetivo principal de esta tesis que es la identidad personal (*personal identity*).

Este punto Hume lo trata en la IV parte, sección VI del libro I de su *Tratado*. Hume acá pretende hacernos ver con mucha rigurosidad la imposibilidad de la existencia de una identidad personal con sentido metafísico. Pero Hume respecto a su propio pensamiento sobre la identidad personal no termina conforme, pues en su *apéndice*¹⁰ lo deja muy en claro. Esta tarea que nuestro pensador tenía en conocer y salvar la “verdadera naturaleza humana” a través de un riguroso estudio epistémico, la termina diluyendo en un montón de colecciones de percepciones diferentes, sin tener un sostenimiento invariable en el tiempo. Por lo que se podría entender como un gran problema contradictorio dentro de su tarea inicial en su filosofía, lo cual merece nuestra atención.

A pesar de dicho problema Hume nos deja la tarea, para quienes nos interesamos en su pensamiento, varias interrogantes en su *apéndice*.

Para esta parte de la investigación, propongo analizar:

- 1- Sobre la creencia de los objetos externos y su supuesta identidad, perfecta e imperfecta. Este tema se aborda en la sección V de la IV parte del libro I. Esta reflexión es esencial para entender la noción de identidad.
- 2- Sobre la negación de un yo invariable, innato, simple e idéntico y las respuestas de Hume a dicha negación.
- 3- Hacer una lectura rigurosa en el apéndice del *Tratado* respecto a la inconformidad sobre el yo o identidad que Hume tiene.

¹⁰ Apéndice, p. 823

2.1. Identidad perfecta e imperfecta: La creencia y su relación con los objetos externos y la identidad.

Nombraremos algunos puntos que ya han sido mencionados respecto a la identidad en el capítulo anterior, lo que nos servirá como un hilo conductor en la investigación.

- 1- La identidad es una relación filosófica que se establece para cuando la mente humana considera la realidad empírica en los objetos de manera constante y sin cambios.
- 2- Unas de las más claras frases de Hume en torno a la meditación de la relación de la identidad es que: de todas las relaciones, la identidad es la más universal de todas, pues esta se aplica a los objetos que poseen alguna duración.
- 3- Es una relación que puede alterarse y en que los objetos que se comparan no se alteran también, esta es una relación que se da en la experiencia. Lo cual y por efecto, no nos entrega conocimientos que sean necesarios.

En esta sección se analiza en profundidad cómo Hume fundamenta la creencia en los objetos o mundo externo. Nuestro segundo propósito en este análisis, es analizar la relación con la creencia y la identidad.

En el libro I parte IV sección II, sobre “el escepticismo con respecto a los sentidos”. Hume ya enfatiza la importancia del concepto de identidad dentro del campo filosófico. “Es cierto que no hay problema en filosofía más abstruso que el concerniente a la identidad personal y a la naturaleza del principio de unión constitutivo de una persona. Así, lejos de ser capaces de determinar simplemente en base a nuestros sentidos esta cuestión, tendremos que recurrir a la más profunda metafísica para darle respuesta satisfactoria, pues es evidente que,

en la vida corriente estas ideas del yo y de persona no están en ningún caso definidas y determinadas” (Hume 2008, p. 279) .

Hume en este análisis señala las causas que nos hacen creer en la realidad externa, esta es aquella realidad continuada y distinta de los cuerpos. Para Hume todo hombre parte por la creencia, cuya tarea es hacer convincente, pero más que una convicción es un sentir, esta realidad. Es la creencia por la que todo hombre comienza. Ya con esto Hume examina estas causas con dos preguntas ¿Por qué atribuimos una existencia CONTINUA a los objetos aun cuando no estén presentes a los sentidos? Y ¿por qué suponemos que tienen una existencia DISTINTA de la mente y percepción? (Hume 2008, p.277).

Para esto Hume parte indagando sobre la capacidad sensitiva, si es por esta que podemos alcanzar la existencia del mundo externo. También, y cómo segunda posibilidad, incluye a la capacidad racional, incluyendo y destacando dentro de la razón, el lado imaginativo.

Hume, respecto a si los sentidos son o no capaces de llevarnos al mundo externo, nos dice que estos no nos otorgan una idea sobre una continuidad existencial de los objetos, pues los sentidos nos hacen ver realidades distintas, separadas o aisladas, sin una continuidad. Mientras los objetos no estén presentes a los sentidos, nos es imposible suponer que sigan siendo los mismos. Los sentidos sólo funcionan al estar presentes. Estos sólo nos ofrecen información singular de las percepciones, no algo distinto y separado de aquellas impresiones.

Pero es evidente que nuestros sentidos no presentan sus impresiones como imágenes de algo distinto, independiente o externo, ya que no nos transmiten sino una simple percepción, y no nos entregan nunca la más pequeña referencia a algo más allá (Hume 2008, p. 278).

En segundo lugar la razón tampoco nos otorga la posibilidad de la creencia en el mundo externo, como algo con continuidad y distinción. Sólo a través de la relación de causalidad podemos inferir la existencia de algo a partir de otra cosa. Hay que tener en cuenta que lo único que se nos presenta a la mente son percepciones, hay en estas una relación causal entre distintas percepciones, un ejemplo claro es la primacía de la impresión con la idea, cuya última nace sólo por aquella que tiene más fuerza y vivacidad. Por lo tanto no podemos inferir la existencia de los objetos externos a partir de las percepciones. En rigor el razonamiento causal no nos lleva a creer en una existencia continuada y distinta de las cosas materiales o factuales. Esta opinión según Hume sobre la “seguridad racional” como posibilidad de la creencia en los objetos externos “se debe enteramente a la IMAGINACIÓN...” (Hume 2008, p. 284).

Hume nos dice que a todos los objetos que le atribuimos existencia continuada y distinta, conservan algún grado de “*constancia*”, lo cual lo diferencia de las impresiones, cuya existencia depende de nuestras propias percepciones.

Esas montañas, casas y árboles que están ahora ante mis ojos se me han manifestado siempre de la misma forma; y si al cerrar los ojos o volver la cabeza dejo de verlos, encontraré que poco después vuelven a mí sin la menor alteración. Mi cama, mi mesa, mis libros y papeles se presentan en la misma uniforme manera, y no cambian porque yo haga alguna interrupción y deje de verlos o percibirlos (Hume 2008, p.285).

En esto si se puede destacar que a pesar de dicha constancia, los objetos también pueden ser alterados o cambiar cualidades, lo cual tal constancia no es perfecta, pero si se le atribuye “*coherencia*” en un sentido que guarda aún alguna dependencia regular unos de otros. “Esto

sería una especie de razonamiento causal como base que engendra la opinión de la existencia continua de los cuerpos” (Hume 2008, p.286)¹¹.

Cuando regreso a mi habitación tras una hora de ausencia, no encuentro el fuego de mi hogar en la misma situación en que lo dejé, pero otros casos me han acostumbrado ya a ver una alteración similar producida en un espacio de tiempo similar, me encuentre presente o ausente, cerca o lejos (Hume 2008, p.286).

Por lo tanto la constancia y coherencia se transforman en una de las principales características de los objetos externos y nos hace entender que nuestra creencia en los cuerpos, depende también de estas dos características. Debemos entender que esas características Hume se las atribuye a las impresiones y no a los objetos, pues para Hume todo se reduce a percepción. El caso está en cómo atribuirles identidad a esta cantidad de impresiones que se nos presentan.

Hume no niega la existencia de los objetos, sino que apunta a nuestra falta de capacidad para demostrar su existencia: solo suponemos y simplemente se pregunta qué nos induce a creer en la existencia de los objetos, independientemente de nuestra mente. Los sentidos no nos informan de que algo exista, con independencia de lo que percibamos o no. Los sentidos nos proporcionan impresiones, las cuales son fundamentales en la teoría del conocimiento de nuestro autor, pero no objetos continuos, con permanencia, estables o con autonomía. Por lo tanto la “identidad” de los objetos es algo que para Hume es más que las meras impresiones y que no tiene su fundamento en los objetos como algo distinto de las impresiones. La inferencia de la existencia independiente de objetos debe basarse en percepciones, y tal

¹¹ Es interesante la observación por parte de Hume respecto a la regularidad que se da tanto en lo mental como lo material. Es esta coherencia lo que para Hume nos determina a una cierta aceptación de la realidad externa, a pesar de lo efímero y cambiante que haya en ambos casos, hay siempre una coherencia.

inferencia sería causal. Un punto claro es que tenemos percepciones por objetos que son causas de las mismas.

Sobre el caso de la imaginación, este es un punto que a mi criterio nos deja más claro sobre su influencia, pues nos hace creer en la existencia continua e independiente de los objetos, por lo que la imaginación nos permite comprender cómo podemos hablar de identidad de objetos. Pereira en su investigación sobre la identidad personal en Hume nos dice “el elemento común que hay en los conceptos de sustancia, la creencia en los cuerpos externos y el yo, es la presencia de una ficción de la imaginación que carece de legitimidad empírica, ya que no hay impresión de sensación alguna capaz de fundarla” (Pereira 2011, p.194).

Entonces tenemos impresiones semejantes, mejor llamado como principio de constancia y regulares o principios de coherencia, lo cual mueve a la mente a convertir esta uniformidad en objetos autónomos. Las impresiones aisladas por otra parte deben estar relacionadas con aquello que nos produce la impresión, aunque se pueda percibir como tal cual es. Entonces a pesar de no encontrar una justificación de la existencia de los objetos externos, para Hume es de vital importancia el creer en aquello.

2.2- La negación de un yo innato, simple e idéntico: La respuesta humeana.

Como ya hemos analizado los principales conceptos de la epistemología de Hume y hemos dicho que sin estos no podemos hacer un análisis riguroso con respecto a la noción de la identidad personal, comprobaremos que dichos conceptos como el de experiencia, la imaginación con sus tres relaciones o facultades, la semejanza, contigüidad y la causa y

efecto, están relacionados con la identidad personal. Esto nos garantiza lo importante de haber visto las principales ideas de su sistema.

Hume parte admitiendo que “algunos filósofos se figuran que lo que llamamos nuestro YO es algo de lo que en todo momento somos íntimamente conscientes” (Hume 2008, p. 353)¹².

Acá el problema se centra en que todo momento sentimos la existencia y continuidad de una identidad, la cual suponemos, no necesita demostración de la que tenemos una certeza sólida respecto a su perfecta identidad y simplicidad.

Es evidente que la idea, o, más bien, la impresión que tenemos de nosotros mismos, nos está siempre presente, y que nuestra conciencia nos proporciona una concepción tan viva de nuestra propia persona que es imposible imaginar que haya nada más evidente a este respecto (Hume 2008, p. 440).

Hume frente a este problema parte preguntando al igual que como lo hizo con respecto a la sustancia, causalidad y creencia ¿De qué impresión podría derivarse esta idea? (Hume 2008, p.355). Esta pregunta se transforma en algo fundamental, para poder tener una respuesta clara y satisfactoria sobre esta idea del Yo o identidad. Por lo que es necesario buscar cuál es la impresión que le da origen a su supuesta existencia.

Respecto al conocimiento de las impresiones, sabemos que es un tipo de percepción, las cuales se nos presentan con mayor fuerza y vivacidad. Esta fuerza con la que entra a nosotros es en cierta forma copiada por nuestra mente, por lo que ya hay un cambio o fluir constante en cuyas percepciones, por lo que no se mantienen igual. Hume a esto responde:

¹² Hume al momento de referirse a “algunos filósofos” no aclara exactamente sobre quiénes son, pero suponemos que es una crítica hacia los filósofos racionalistas como también a su antecesor John Locke, por su reflexiones en torno al yo.

Pero el yo o persona no es ninguna impresión, sino aquello a que se supone que nuestras distintas impresiones e ideas tienen referencia. Si hay alguna impresión que origine la idea del yo, esa impresión deberá seguir siendo invariablemente idéntica durante toda nuestra vida, pues se supone que el yo existe de ese modo. Pero no existe ninguna impresión que sea constante e invariable. Dolor y placer, tristeza y alegría, pasiones y sensaciones se suceden una tras otra, y nunca existen todas al mismo tiempo. Luego la idea del yo no puede derivarse de ninguna de estas impresiones, ni tampoco de ninguna otra. Y en consecuencia, no existe tal idea (Hume 2008, p. 355).

Es de suma importancia hacer ver que para Hume todo es percepción dentro del campo de su epistemología y del cómo obtenemos conocimiento. Pues todo debe ser regido por la experiencia. Aquellas percepciones, las impresiones e ideas deben tener origen empírico, por lo que todas las percepciones como distinguibles y separables que son desde su génesis, no pueden seguir la hipótesis de ser invariables en la existencia, estas están en secuencias rápidamente cambiantes; ninguna permanece constante más de un momento.

Sobre el sentido de unión perceptiva Hume nos dice:

En lo que a mí respecta, siempre que penetro más íntimamente en lo que llamo *mí mismo* tropiezo en todo momento con una u otra percepción particular, sea de calor o frío, de luz o sombra, de amor u odio, de dolor o placer. Nunca puedo atraparme a *mí mismo* en ningún caso sin una percepción, y nunca puedo observar otra cosa que la percepción (Hume 2008, p.355).

Es necesario destacar que Hume, al hablar de la experiencia de sí mismo, también tiene en cuenta el yo de otros o la existencia de otros, pues como él mismo dice, todas las percepciones son diferentes, separables, únicas y cambiantes, por lo que reconoce la diferencia esencial que hay entre personas, con lo que aclara que cada ser pensante se reconoce a su propia manera individual, pero que tal principio sobre lo distinguible y

separable de las percepciones no se puede ignorar, menos en el caso de la identidad, por lo que Hume hace una definición clara sobre el yo:

Puedo aventurarme a afirmar que todos los demás seres humanos no son sino un haz o colección de percepciones diferentes, que se suceden entre sí con rapidez inconcebible y están en un perpetuo flujo y movimiento (Hume 2008, p. 356).

La visión de Hume sobre la identidad está tan ligada a la experiencia sensible que incluso nos dice:

Si todas mis percepciones fueran suprimidas por la mente y ya no pudiera pensar, sentir, ver, amar u odiar tras la descomposición de mi cuerpo, mi yo resultaría completamente aniquilado, de modo que no puedo concebir qué más haga falta para convertirme en una perfecta nada (Hume 2008, p.356).

Stroud apoya la tesis de Hume sobre el “haz de percepciones”, el estudioso de Hume está de acuerdo sobre un yo variable y que no es idéntico durante el tiempo. “Estos ejemplos comunes revelan algunos de los factores que influyen en la imaginación y nos llevan a atribuir una identidad que, estrictamente hablando, nunca observamos”. (Stroud 2005, p.173). No podemos negar la influencia de la experiencia en nuestro desarrollo como seres corpóreos y pensantes, nuestra identidad en todo momento va adquiriendo nuevas experiencias, las cuales influyen de manera constante o fluida en nuestra identidad personal. Todo esto es lo que Stroud apoya respecto a la tesis de Hume sobre una identidad invariable, la cual no permanece igual.

Otro punto importante es la importancia de la imaginación y su influencia en aquellos conceptos dudosos o abstrusos, la combinación de ideas puede formar cosas psíquicas que ni siquiera pertenecen a la realidad, pero que siguen teniendo ciertos vestigios de la experiencia, como la idea de unicornio por ejemplo. Es por esto, que para entender la concepción de

identidad personal de Hume, es fundamental tener en cuenta que al igual que las ideas de sustancia, la causalidad, la existencia de los cuerpos externos, fueron todos sometidos a examen por el principal principio empírico de Hume “el principio de copia”, recordemos que este principio trata de que toda idea debe tener por respaldo una impresión que la anteceda. Pereira nos dice que “el principio de copia propuesto por Hume es un ingrediente de su empirismo al cual no se puede renunciar, sobre todo a la hora de evaluar cualquier propuesta exegética de su obra (Pereira 2011, p.197).

Entonces podemos recoger dos evaluaciones de Hume respecto a la identidad, yo, mente o alma¹³.

- 1- El yo o identidad no es perfecto ni simple.
- 2- La naturaleza de la identidad o yo es variable, fluida, sólo es un haz de percepciones que están en constante cambio.

No existe un solo poder del alma que permanezca inalterable, siquiera por un momento. La mente es una especie de teatro en el que distintas percepciones se presentan en forma sucesiva; pasan, vuelven a pasar, se desvanecen y mezclan en una variedad infinita de posturas y situaciones. No existe en ella con propiedad ni *simplicidad* en un tiempo, ni *identidad* a lo largo de momentos diferentes, sea cual sea la inclinación natural que nos lleve a imaginar esa simplicidad e identidad (Hume 2008, p. 357)

Hay que someter a crítica este ejemplo del teatro, pues como bien dice Hume las percepciones se presentan en forma sucesiva, repetitiva, pero nunca invariables o idénticas, pero si nos vamos al espacio (mente) que alberga todas aquellas distintas percepciones este

¹³ Es necesario destacar que Hume utiliza los conceptos de identidad, yo, mente y alma que sin ser sinónimos tratan de significar la misma cosa a lo largo de todo su tratado. Lo mismo ocurre con la facultad imaginativa asociada a la palabra fantasía o ficción. Incluso a través de la lectura que hemos hecho podemos decir que la imaginación en las reflexiones filosóficas de Hume sería la inteligencia, de la cual nacen todos aquellos conceptos claros derivados de la realidad empírica o experiencia y aquellos confusos o abstrusos como la idea de sustancia.

se mantiene en cierto sentido igual. Este ejemplo del teatro ha sido un problema dentro de la filosofía humeana respecto a su forma de reflexionar en torno a la identidad.

Hume al ya tener estas dos tesis presentes en sus reflexiones del yo, se pregunta sobre “¿qué es lo que nos induce con tanta intensidad a asignar una identidad a estas percepciones sucesivas, y a creernos en posesión de una existencia invariable e ininterrumpida durante toda nuestra vida?” (Hume 2008, p.357).

El empirista a fin de responder sobre aquella necesidad que nos lleva a forjarnos la creencia en una identidad permanente e invariable, distingue dos tipos de definiciones de identidad. El primer tipo de identidad es aquel que se relaciona directamente con el pensamiento o imaginación y el segundo, la identidad que aborda nuestras pasiones e intereses personales. Ante esto el empirista dice que el hombre tiene una inclinación a atribuirle identidad a algo variable.

Así, la controversia relativa a la identidad no es simplemente una disputa de palabras. En efecto, cuando en sentido impropio atribuimos identidad a objetos variables y discontinuos, no se limita nuestro error a la expresión, sino que viene comúnmente acompañada por una ficción, bien de algo invariable y continuo, bien de algo misterioso e inexplicable; o, al menos, la acompaña una inclinación a tales ficciones (Hume 2008, p.359).

Se ha visto en el análisis del *Tratado*, dentro de la facultad imaginativa, que hay principios que rigen y generan la unión de distintas ideas copiadas desde sus respectivas impresiones (principio de asociación), pero hay uno que se destaca dentro de lo que Hume advierte en su epistemología, como el principio que nos hace ver las cosas u objetos como idénticos e inalterables; esta es la semejanza. La semejanza nos hace ver la estrecha relación que hay entre distintos objetos, de manera que nos genera una relación idéntica entre objetos

existentes distintos, es por ello que llegamos a nociones como alma, yo o sustancia, con tales nociones enmascaramos o disfrazamos la variación de los objetos por el principio de semejanza, asumiendo que es una *inclinación*¹⁴ tan natural, que no podemos escapar de esto por más reflexiones que hagamos con respecto a la variación de la identidad.

Stroud argumenta que “recordar consiste en que ciertas clases de percepciones ocurren en la mente, de manera que recordar añade en realidad algunos miembros al haz de percepciones, los cuales, entonces, vienen a facilitar el paso de la imaginación a lo largo de la serie que constituye el haz. Recordar es tener una percepción que representa las percepciones pasadas cuya memoria ella constituye, una percepción que, por tanto, es semejante a ellas; así, uno de los resultados del hecho de que recordemos nuestras experiencias pasadas es un mayor grado de semejanza entre las percepciones que constituyan nuestra mente. Y la semejanza es una relación que conduce a la imaginación a deslizarse más fácilmente de un miembro de la serie a otro y a pensar en consecuencia, que ella es “una visión continua del mismo objeto” (Stroud 2005, p. 175).

“La acción de la imaginación por la que consideramos al objeto como continuo e invariable, y aquella otra por la que reflexionamos sobre la sucesión de objetos relacionados, son sentidas como si fueran casi idénticas, y no hace falta mucho más esfuerzo del pensamiento en este último caso que cuando se distinguía entre ambas. La relación facilita la transición de la mente de un objeto a otro, y convierte este paso en algo tan suave como si la mente contemplara un objeto continuo. Es esta semejanza la causa de la confusión y el error, y la que nos lleva a colocar la noción de identidad en lugar de la de objetos relacionados” (Hume 2008, p. 358).

Y para excusarnos a nosotros mismos de este absurdo, fingimos frecuentemente un principio nuevo e ininteligible que conecte entre sí los objetos, e impida su discontinuidad o variación. Así, para suprimir la

¹⁴ Hume cuando habla de inclinación natural, habla de una excusa frente a la realidad empírica. “Siempre nos sentimos inclinados a confundir estas ideas, a pesar de que no podamos vernos satisfechos en ese respecto, ni encontraremos ninguna cosa invariable y continua que justifique nuestra noción de identidad” (Hume 2008, p. 359)

discontinuidad fingimos la existencia continua de las percepciones de nuestros sentidos; y llegamos a la noción de *alma, yo o sustancia* para enmascarar la variación (Hume 2008, p.360).

En rigor, el descubrimiento de Hume se basa en que el error de atribuir identidad, está en el confundir en la sucesión de partes mutuamente conectadas (asociación de ideas) generados por los tres principios principales de estas asociación, la contigüidad, la semejanza y la causalidad

Ya descubierto este trabajo mental que nos hace asumir una identidad en todo momento, convirtiéndose en un problema ficticio ejecutado por nuestra imaginación, nos queda por saber qué es lo que sustenta nuestro yo como algo ficticio. Ya analizado el concepto de sustancialidad, sabemos que no tiene respaldo empírico por el sólo hecho de que para Hume no hay nada que sostenga a tantas percepciones distintas y separables, las cuales están en constante flujo y cambio, transformándose las percepciones como sustancias, pero sin un sujeto de inhesión, como algo de base que sostenga una sola e idéntica existencia, ya que cada una es distinguida y separada por la imaginación. Todo esto nos da a pensar en la poca posibilidad en la realización de un yo o identidad permanente. Pero a pesar de dicha imposibilidad de un yo con sustento invariable, para Hume sí hay una identidad por más mínima que sea. Si Hume nos habla de una identidad ficticia, significa que hay un trabajo asociativo en nuestra mente que nos hace pensar en dicha identidad. Rábade respecto a esto nos dice que “la identidad es para Hume algo real, por más que no se trate de una realidad dada, sino de una realidad pensada. La identidad es algo que hay que poner en el haber del pensamiento” (Rábade 2004, p.455).

Se abstrae entonces que independiente que Hume niegue dicha identidad invariable, reconoce que hay una identidad formada y manejada por el pensamiento. Podemos respaldar esto con un pasaje de su apéndice:

Por tanto, se sigue que el pensamiento solamente descubre la identidad personal cuando, al reflexionar sobre la serie de percepciones pasadas que componen una mente, las ideas de esas percepciones son sentidas como mutuamente conectadas y pasando naturalmente de unas a otras. Por extraordinaria que pueda parecer esta conclusión, no tiene porqué sorprendernos. La mayoría de los filósofos parece inclinarse a pensar que la identidad personal surge de la conciencia, no siendo ésta sino un pensamiento o percepción refleja (Hume 2008, p. 831).

Esta identidad consciente Hume no la niega, lo que no nos permite forjarnos una identidad perfecta e inalterable radica en el sustrato que sostenga esta misma idea de identidad en permanente flujo y cambio a través de relaciones o principios complejos en la mente.

Sumaremos entonces la tercera evaluación junto a las otras dos ya analizadas respecto a la identidad personal:

- 1- El yo o identidad no es perfecto ni simple.
- 2- La naturaleza de la identidad o yo es variable, fluida, sólo es un haz de percepciones que están en constante cambio.
- 3- La identidad es algo ficticio, operado únicamente por la facultad imaginativa y sus tres principios de asociaciones mentales (semejanza, contigüidad y causalidad).

En el tratado Hume compara la noción de *alma* con una república o estado. Hume nos dice que los miembros de un estado están unidos por lazos que en este caso son sus ideales o convicciones respecto a una república. Dicho de manera más clara, un gobierno siempre está

integrado por personas, las cuales siempre transmiten sus principios hacia otros , pero que siempre van cambiando sus leyes, convicciones e ideales políticos, comparándolo así con la variación de una persona respecto a su carácter, impresiones e ideas, sin perder así su propia identidad.

Esta comparación que hace Hume desde nuestro punto de vista, es bastante más satisfactoria, se podría entender que la identidad se mantiene (memoria), independiente que sea una ficción, pero de igual manera está sometida a las mismas leyes o principios mentales.

Cualesquiera que sean los cambios que experimente, sus distintas partes seguirán estando conectadas por la relación de causalidad (Hume 2008, p.368).

Stroud nos dice que lo único que podemos afirmar en el plan de Hume es que “la ciencia del hombre consiste en apoyarse firmemente en las operaciones de aquello que llama imaginación. Invoca ciertos principios o disposiciones de la mente de acuerdo con los cuales nos vemos llevados a tener ciertas creencias y a comportarnos de cierta manera cuando la mente es afectada de un modo determinado. Nuestras nociones de algunas cosas que consideramos objetivas, quedan así explicadas en términos de ficciones u operaciones de la mente. Por esta razón, lo que sucede en la mente es la clave del estudio de la naturaleza humana” (Stroud 2005, p.184).

No se puede dejar de lado la facultad de la memoria en este caso, ya que la causalidad se familiariza con la continuidad y extensión en la sucesión de percepciones, que junto al principio de semejanza reviven las imágenes o ideas derivadas de las impresiones en un grado mucho más fuerte y así fortaleciendo aún más la identidad, siendo la memoria la base fundamental de esta.

Para poder entender de mejor manera no basta solamente con saber lo que dice Hume respecto a la imposibilidad de una identidad personal metafísica, es necesario indagar sobre por qué no existe tal posibilidad y qué salida nos entrega.

2.3-El laberinto de la identidad y el inconformismo de Hume, la respuesta de su apéndice.

El principio de copia, el cual se basa en que nuestras ideas son reflejos de nuestras impresiones y que de estos dos tipos, son las impresiones las que con más fuerza y vivacidad influyen en la sensibilidad y conciencia humana, apunta hacia que todo concepto o todo objeto debe pasar por el examen de la experiencia, pues esta misma es la fundamentación para la validez de todo conocimiento.

Ya sabemos que tanto la sustancia y el yo como conceptos que según Hume no tienen sustento empírico, fueron sometidos a este examen, y que como resultado estos son conceptos oscuros o abstrusos, sin fundamento en la realidad, los que no provienen de ninguna impresión que los pueda fundamentar.

Para Hume como vimos, la identidad termina siendo tan solo un haz de percepciones en constante flujo, cambio, que no es invariable, sino variable. Todo esto es porque nuestras impresiones e ideas cambian constantemente y las impresiones más vividas son retenidas en la memoria, pero aun así estas van debilitándose en el tiempo por el sólo hecho de ser ideas, copias de las impresiones, son tan solo reflejos de estas.

Lo curioso al momento de leer el tratado, es el hecho de que, en el *apéndice*, Hume comienza a cuestionar su propia teoría de las ideas en cuanto al funcionamiento de la mente.

Nada desearía más que el tener la oportunidad de confesar mis errores, y consideraría ese retorno a la verdad y la razón como más honroso que la posesión del juicio más infalible. El hombre libre de errores no puede pretender otra alabanza que la debida a la exactitud de su entendimiento. Pero quien corrige sus errores muestra, a la vez, la exactitud de su entendimiento y la sinceridad y franqueza de su carácter (Hume 2008, p.823).

Es bastante noble por parte de un filósofo o científico como buscadores de la verdad el admitir errores, se destaca una humildad bastante poco común a diferencia de otros pensadores, pero hay que tener en cuenta que al admitir errores, su epistemología también pierde credibilidad, pero esto no es nuestro tema central.

Hume en su apéndice respecto a la identidad personal dice:

Sin embargo, al revisar con mayor rigor la sección dedicada a la identidad personal, me he visto envuelto en tal laberinto que debo confesar que no sé cómo corregir mis anteriores opiniones, ni cómo hacerlas consistentes (Hume 2008, p. 828).

Recordemos que dentro de la facultad imaginativa, hay principios operantes que son la contigüidad, la semejanza y la causalidad, cuyos principios operan mediante una conexión necesaria o principio de asociación. “Cuando hablamos de yo, o de sustancia, debemos tener una idea conectada con esos términos, pues de lo contrario serían absolutamente ininteligibles” (Hume 2008, p.829).

Stroud afirma en sus estudios sobre Hume que “cuando pensamos que nosotros mismos existimos durante los intervalos que ya no podemos recordar, extendemos sobre los huecos esta cadena de causas y efectos. De esta manera, la causalidad colabora con la semejanza para darnos la idea que nosotros mismos continuamos a través del tiempo. La mente se desliza fácilmente a lo largo de una serie de percepciones que forman una sola cadena causal, y nos lleva de este modo a suponer que los miembros intermedios que ya no

recordamos existieron a pesar de todo durante los intervalos olvidados. Damos así en pensar que nosotros mismos somos una cosa singular y continua extendida a través del tiempo” (Stroud 2005, p.176).

Las ideas se conectan en la conciencia gracias a ese principio de asociación, pero este principio se genera única y exclusivamente por la imaginación. La imaginación es la que tiene la libertad de componer y descomponer ideas, toda idea ficticia es creada por la imaginación, por lo que las percepciones siempre tienen una condición empírica que las sostenga y que en este caso probablemente es el principio de causalidad, pero esto no sucede en el caso de la identidad o el yo ni mucho menos con la sustancia.

Cuando vuelvo mi reflexión sobre *mí* mismo nunca puedo percibir este yo sin una o más percepciones; es más, no puedo percibir nunca otra cosa que las percepciones. Por tanto, es la composición de éstas la que forma el yo (Hume 2008, p.830).

Se desprende de estas reflexiones que Hume no niega el yo, más bien admite la posibilidad de una identidad, pero que no es perfecta lo que resulta una explicación prometedora, pero no suficiente. Las percepciones como existencias particulares son mutuamente conectadas y por ende forman un conjunto, pero que Hume no logró armar o comprender qué es lo que sostiene esas percepciones, en este caso las percepciones quedan “flotando” sin un sujeto que las piense.

Por tanto, se sigue que el pensamiento solamente descubre la identidad personal cuando, al reflexionar sobre la serie de percepciones pasadas que componen una mente, las ideas de esas percepciones son sentidas como mutuamente conectadas y pasando naturalmente unas a otras. Por extraordinario que pueda parecer esta conclusión, no tiene porqué sorprendernos. La mayoría de los filósofos parece inclinarse a pensar que la identidad personal surge de la conciencia, no siendo ésta sino un pensamiento o percepción refleja (Hume 2008, p.831).

Sin embargo, todas mis esperanzas se desvanecen cuando paso a explicar los principios que enlazan nuestras sucesivas percepciones en nuestro pensamiento o conciencia. A este principio me es imposible descubrir teoría alguna que me satisfaga (Hume 2008, p. 831).

En rigor para Hume el problema metafísico que hay respecto a la imposibilidad de una identidad personal, es por la razón de que toda su teoría está basada en el principal principio empírico; de que todo conocimiento proviene exclusiva y únicamente de la experiencia. Ya en su explicación respecto a las operaciones del entendimiento que se generan en la imaginación, cuya facultad funciona a través de los principios mencionados los cuales nos hacen creer por el *sentir* de las percepciones siendo estas impresiones o ideas una identidad, pero que tal enlace de estas percepciones en la conciencia escapa a la comprensión empírica para su explicación.

Es el sostenimiento de estas percepciones lo que Hume no pudo comprender, a pesar de saber que es la imaginación lo que nos lleva a creer en una identidad individual y subsistente y, en efecto, termina otorgándole a la facultad de la memoria, como la fuente de la identidad. Aun así no se mantiene inalterable en el tiempo de manera permanente e invariable.

2.4- El yo imperfecto es un yo psicológico, una respuesta positiva.

Entendiendo la importancia que Hume le otorga a la memoria como la fuente de la identidad, podemos basar la explicación psicológica que pretendemos atribuirle a la identidad personal como aproximación hacia una posible salida.

Las características principales que tiene la facultad de la memoria es que esta conserva el orden en que las impresiones se presentan, por lo que guarda y reproduce con mayor vivacidad las percepciones, mientras que la imaginación enlaza estas percepciones mediante

los principios de contigüidad, semejanza y causalidad. Recordemos que Hume al principio de su epistemología respecto a la memoria nos decía que las percepciones se presentan con mayor vivacidad, por lo que las manifestaciones de las percepciones que se dan en la imaginación y memoria son lo que los distingue.

Tanto la memoria como la imaginación son facultades que no operan separadamente, todo lo contrario, éstas se complementan y están en constante vinculación, por ende es esta vinculación aquella posibilidad que nos motiva a comprender con mayor profundidad este avance que Hume con tanto trabajo nos entregó y dejó para su estudio.

1-La memoria es la que absorbe todas aquellas percepciones más vívidas (presente – pasado).

2-Por el mismo hecho de evocar aquellas percepciones más vívidas, ésta influye en la posibilidad de un enlace causal entre estas, presentes y pasadas. (Permite a la imaginación poder operar el principio de causalidad.)

3-Sin la memoria, la imaginación no podría generar operaciones por semejanza, contigüidad y causalidad.

La imaginación es la que relaciona todas las percepciones en la operación de nuestro entendimiento, y si unimos la operación imaginativa con la memoria, obtenemos por medio de esta última una producción de la identidad, al posibilitarle a la facultad imaginativa establecer las relaciones que hay entre las ideas.

Por lo tanto es la memoria la encargada de ponernos al tanto de la continuidad de las percepciones, de la unión de causas y efectos en nuestros pensamientos y que terminan formando el yo. Por ende la memoria es quien retiene todas aquellas percepciones más potentes y la imaginación por medio de ésta relaciona todas aquellas percepciones lejanas

que se vinculan causalmente. En rigor es la memoria la que nos permite descubrir la identidad, esta es la fuente de la identidad como la llamaba Hume. Es por ello que la identidad para Hume no es perfecta, ficticiamente fluye en constante transformación gracias a la producción de la memoria junto al trabajo asociativo de la imaginación.

Quisimos agregar estas reflexiones de la sección respecto a la identidad personal de su primer libro para poder fortalecer nuestros argumentos respecto a esta posible respuesta.

En este punto, pues, la memoria no solamente descubre la identidad, sino que contribuye también a su producción al producir la relación de semejanza entre las percepciones. Esto sucede tanto cuando nos consideramos a nosotros mismos como cuando examinamos a otros (Hume 2008, p.367).

Como basta la memoria para familiarizarnos con la continuidad y extensión de esta sucesión de percepciones, deberá ser considerada, y fundamentalmente por esta razón, como la fuente de la identidad personal (Hume 2008, p.368).

Está claro que Hume llega hasta las últimas consecuencias de no aceptar una identidad metafísica, pues si aceptara tal identidad metafísica, derrumbaría todos aquellos principios que sostienen su epistemología, pero se debe entender que Hume no elimina la identidad. De un modo más psicológico quiso darnos a entender que si bien dicha identidad se genera a través de las relaciones que se dan en la imaginación, por lo que las percepciones están en constante cambio o flujo, y que una percepción no implica que esta sea la misma siempre, por lo que todas las relaciones de percepciones deben ser fundamentadas por las leyes de asociación, estas leyes que se dan a través de la facultad imaginativa, sólo son posibles a través de la memoria. El pensar en mi yo como algo que se mantiene es pensar en que todas nuestras percepciones se constituyen en un solo haz, lo cual sólo es posible por la semejanza y causalidad.

El apéndice del tratado no es el arrepentimiento de su método empírico para terminar dando una respuesta metafísica, es el poder entender a través de una clarificación mucho más reveladora la noción de conceptos abstrusos y confusos como el de sustancia e identidad personal. Está claro que nos demuestra una insatisfacción respecto a sus reflexiones con sentido psicológico en el tema, pero es tal su fidelidad a sus principios filosóficos, que le es imposible buscar una explicación que esté fuera del tribunal de la experiencia.

Hay algunos pensadores que califican la teoría del yo de Hume como inconsecuente al momento de no encontrar una salida al problema del yo. Hume a todo acto, sentir, toda creencia producida por la mente, la redujo al haz de percepciones. El problema está en dónde se fundamenta toda la asociación de la imaginación, el resguardo de la memoria, la necesidad de la creencia de los objetos externos, cuál es el sustento de todo ese trabajo cognoscitivo.

¿Qué sostiene ese haz de percepciones?

Rábade nos dice que “no hay más que hechos de percepción, asociados en virtud de unas extrañas leyes de asociación, que no son leyes de mente alguna, porque no hay mente; o relacionados por virtud de una actividad de reflexión comparativa que no sabemos quién la lleva a cabo”(Rábade 2004, p. 486).

Es importante lo que destaca Rábade en la teoría del yo de Hume respecto a ¿qué es lo que sostiene todo ese engranaje de facultades mentales y asociaciones de ideas, si no hay un yo o mente? ¿Quién es el que finge la ficción del yo realizada por la imaginación?

Este es el problema metafísico del yo y que Hume en su apéndice reconoce no poder resolver, pero que a pesar de dicha incapacidad, entrega una posible salida a través de la facultad de la memoria, como la conciencia misma que psicológicamente guarda nuestras

percepciones más vívidas y que sería la posible fuente de la identidad personal, pero que dicha identidad cambia constantemente, no manteniéndose de forma invariable.

Es por esto que la explicación de Hume no es una respuesta del todo escéptica respecto a la identidad personal, hay un rechazo hacia la posibilidad de un yo metafísico, por el hecho de que si Hume aceptara tal tipo de identidad innata e invariable, su método empírico carecería de fundamento o rigor, por tal fidelidad a su empirismo moderado y que como efecto busca hasta las últimas consecuencias una explicación más científica (psicológica) al problema de la identidad, resguardando el yo psicológico, variable, imperfecto y que fluye en todo momento en la facultad de la memoria que en este caso sería la conciencia o núcleo de esta actividad cognoscitiva que trabaja en conjunto con la imaginación, como la que nos hace asumir una identidad, pero dicha identidad sería ficticia, no es estable ni innata, sino relativa, asumida como estados mentales variantes.

Lo que queda es que todos los fenómenos, entendidos desde una manera psicológica, exigen que haya un “sujeto” pensante y que este se encuentre en un tipo de estado psicológico que tenga un enfoque en sus propios pensamientos u objetos mentales, por lo que el yo metafísico, no variable o estático sería ese “sujeto” pensante, pero que tal explicación sobre tal columna mental invariable, desborda la capacidad de la experiencia humana y se aleja de los parámetros epistemológicos del empirismo humeano (la experiencia). Por lo mismo, Hume, como buen empirista y leal a su método experimental, le deja a la memoria, que es la que se encarga de ordenar las principales percepciones y es la que en cierto modo aviva esta noción de una posible identidad, pero que no es perfecta siendo compatible con el cambio y relacionándose con todas aquellas realidades que posean duración, entregándonos la posibilidad de adscribirle identidades a los objetos del mundo y a nosotros mismos. Siendo

ficticia aquella identidad inalterable e innata producida por la imaginación solo por relaciones de semejanza y causalidad, siendo no compatible con el mundo sensorial, la identidad metafísica.

Conclusión:

Nos hemos puesto como objetivo investigar el concepto de identidad personal en la filosofía de David Hume, cuyo análisis se detalla en el primer libro de su *Tratado de la Naturaleza Humana*, cuarta parte, sección VI. El estudio de la naturaleza humana para Hume es fundamental para poder aplicar el método científico a las ciencias sociales, permitiéndonos comprender todas aquellas creencias e ideas de la vida.

Todo análisis se debe basar en lo absolutamente observable, estos deben ser fundamentados única y exclusivamente por la experiencia, por lo que explicar las cosas de manera metafísica escapa a su comprensión como buen empirista, y no busca explicar aquellos principios últimos que fundamenten el saber metafísico, ya que estos mismos en la comprensión empirista escapan a la razón humana. Hume se centró en que los hombres actuamos, sentimos, pensamos de tal modo, pero no explicándolos con fundamentos metafísicos.

En el primer libro de su tratado, Hume comienza analizando la forma en cómo el hombre adquiere conocimiento¹⁵, fundamentando que todo conocimiento se adquiere exclusivamente por la experiencia, y que todo es percepción, aquellas son impresiones e ideas, siendo estas aquellos datos representativos de la mente. Las impresiones son aquellas percepciones más fuertes, más vívidas, mientras que las ideas son copias débiles de las impresiones, siendo tan sólo reflejos débiles. Hay también impresiones de sensación e impresiones de reflexión. Las impresiones de sensación llegan al alma por razones o causas desconocidas que no pueden ser explicadas por la razón humana (estas impresiones de

¹⁵ Los libros II y III Hume analiza todo lo que tiene que ver con la moral y las pasiones.

sensación nos otorgan los datos inmediatos entregados por la experiencia sensible), y las de reflexión apuntan más al ámbito moral (sentimientos, emociones, pasiones), estas son causas de las impresiones de sensación, las impresiones de reflexión son las ideas contenidas en la mente, estas al aparecer de nuevo causan un sentimiento de impresión repetida. Hume también clasifica niveles de percepciones, las cuales pueden ser simples y complejas, por lo que todas las impresiones corresponden al orden de la sensibilidad y experiencia y las ideas pertenecen al orden del conocimiento adquirido.

Todas las impresiones son convertidas en ideas por medio de las dos facultades mentales más importantes, la memoria y la imaginación. La memoria es aquella que guarda todas aquellas percepciones más vívidas, las más fuertes, ordenándolas y la imaginación tiene la libertad de componer y descomponer ideas de la manera o forma que quiera, formando ideas complejas y convirtiéndose respectivamente en el entendimiento. Toda esta explicación de Hume, es para poder fundamentar su método empírico para explicar el modo en como los hombres forman sus pensamientos. De manera que la imaginación es el entendimiento. Esto se cumple gracias a las leyes de asociación de ideas, las cuales en palabras de Hume son el “cemento del universo” (la semejanza, la contigüidad y la causalidad), produciendo una conexión con el mundo externo.

Dentro de las tres leyes o principios de asociación la causalidad es la más importante para comprender la existencia y naturaleza humana, siendo la causalidad una relación natural y filosófica, es natural para poder conocer y explicar todos aquellos acontecimientos del diario vivir, en la asociación de cualquier situación y es filosófica para que las ciencias puedan explicar cualquier fenómeno de la naturaleza. La causalidad no es a priori sino que surge por la repetición de percepciones (experiencia) semejantes. Por esta conexión necesaria

de experiencias semejantes, aparece en nosotros la costumbre o hábito, teniendo como efecto intelectual un adelanto de nuestra mente respecto a lo que sucederá, en el fondo la mente siente una conexión. También la causalidad es fundamental para la noción de la creencia. La creencia está estrechamente ligada al principio de causalidad, porque a pesar de no entregarnos una certeza absoluta de los hechos que podrían suceder, ésta nos otorga probabilidad. Esto genera una fuerza en la creencia respecto a los objetos que no vemos o a los hechos que no han ocurrido aún, pero que aun así los forzamos aún más con lo ya observado en la realidad, esto sería una necesidad en la naturaleza humana que no se puede negar.

David Hume para poder comprender el concepto de identidad personal, tuvo que comenzar por todo lo mencionado anteriormente, pues todo debe ser fundamentado exclusivamente por la experiencia, esta es el tribunal que admite qué conocimiento es realmente cierto y cual no. También sometió a examen mediante el principio de copia al yo o identidad personal. En el examen de este principio, Hume no encontró una base empírica del cual el yo o identidad personal derivara, por lo que tal concepto lo redujo a un haz de percepciones mentales, en constante fluidez, siendo una ficción, algo fingido por la imaginación. Toda esta ficción es gracias a los tres principios de asociación mental.

Al darse cuenta Hume de esta imposibilidad de la existencia de un yo invariable, innato, el cual es el núcleo de su construcción y salvación de la verdadera naturaleza humana, Hume admite su insatisfacción respecto a esta problemática que hasta hoy está sin poder resolver.

A pesar de la insatisfacción de nuestro filósofo empirista escocés, este no solo analizó el concepto de identidad personal como algo manejado y fingido por la facultad imaginativa,

pues varias veces estableció las funciones de la memoria como aquella que mantiene el orden de aquellas percepciones más vívidas, más fuertes otorgadas por la experiencia. Hume admitió como ya habíamos destacado que es la memoria aquella fuente de la identidad, reproductora de todas aquellas percepciones intensas. Con esto se puede responder a que quizás Hume implícitamente no se dio cuenta en que él no niega la posibilidad de la existencia de una identidad, lo que niega es la existencia de una identidad metafísica, pues como filósofo empirista sabía que esto escapaba a su método experimental, y que sobrepasaba el principio regulador de todo el conocimiento, la experiencia. Pues su mayor meta era, el querer establecer el método experimental a la filosofía de aquel entonces. Para transformarla en un saber fundante.

Es la identidad entonces entendida de un modo humeano una variabilidad de percepciones que no se mantienen igual en el tiempo, esta no es innata e invariable, está en un constante flujo y cambio.

Esto operado por la imaginación tiene mucho sentido, al ser esta la que maniobra en las ideas, transformándolas y siendo en rigor parte fundamental de nuestro entendimiento de las cosas. Pero esta identidad variable para Hume tiene un sostén fijo y esta es la memoria, la fuente de la identidad, fuente de las percepciones más vivaces absorbidas desde la experiencia, pero no siendo una identidad perfecta entendida de un modo metafísico; sino una identidad imperfecta que cambia, son estados mentales que fluyen incansablemente, que no son estáticos, esta es la identidad psicológica que Hume quizás no se dio cuenta, pero que implícitamente adelantó en su *Tratado de la Naturaleza Humana*, entendiendo a la memoria como la conciencia humana, la fuente de nuestros recuerdos, o sea las percepciones más vivaces que tenemos, pero que siempre cambian, por lo que creemos en que es la facultad

memorativa la solución hacia una posible salida de la identidad personal en nuestro autor, entendida como una identidad psicológica, una identidad que de igual modo es subjetiva, entendida a modo particular por cada sujeto. Es importante destacar que esta investigación se centra en la investigación epistemológica de la identidad personal, la cual fue abarcada en todo el libro I de su tratado, pues en el libro II sobre las pasiones la visión de la Identidad cambia hacia una dimensión más antropológica, pues es necesario saber que la identidad personal abraza el complejo conocimiento de nosotros mismos como personas, por lo que no se puede delimitar a tan sólo una visión epistemológica, pues la identidad está involucrada a hechos morales, históricos. Quizás más adelante alguien más pueda hacer una investigación sobre esta visión empirista de la identidad en esta parte del tratado.

Toda la lectura y análisis en su tratado y otros textos nos han guiado a reconocer su magnánimo aporte a la filosofía y otros saberes, es incalculable el aporte que hace a la concepción de la identidad personal, todas sus ideas aún se encuentran vigentes, el problema de la identidad personal aún sigue en análisis en los círculos académicos, por lo que no se puede disminuir su importancia. Su filosofía nos lleva a la reflexión, nos mueve a poder fundamentar nuestro saber, el enseñar con bases claras, ser capaces de hacer comprender a los demás la importancia de la naturaleza humana y de cómo poder mejorarla, sobre todo hoy en día, donde no se toma en cuenta el fin teleológico para el desarrollo del hombre, sino sólo mejorar los medios, sin vistas hacia donde nos dirigimos. Pero para poder lograr un fin en sí mismo dentro de nuestra naturaleza humana, es fundamental comenzar por un análisis en cada uno de nosotros, comenzar por nosotros mismos, por nuestro yo o identidad personal. La Filosofía de Hume en sus comienzos fue rechazada, pero hoy es tomada en cuenta como un gran aporte hacia la filosofía y las ciencias particulares desde distintos aspectos para el

desarrollo del conocimiento. Su influencia fue tal que incluso marcó el pensamiento del filósofo alemán Immanuel Kant, donde finalizamos destacando su siguiente reflexión:

Confieso con franqueza que la indicación de David Hume fue sencillamente la que, muchos años antes, interrumpió mi adormecimiento dogmático y dio a mis investigaciones en el campo de la filosofía especulativa una dirección completamente distinta. Estaba yo muy lejos de prestarle oídos en relación con sus conclusiones, las cuales se deducían sencillamente porque no se representó su tema en su totalidad, sino que se fijó solamente en una parte del mismo, la cual, sin tener en consideración el todo, ninguna información puede ofrecer. Si se empieza por un pensamiento fundado, aunque no desarrollado, el cual nos pone en relación con otros, se puede llegar más allá por medio de la reflexión continuada, como le ocurrió al perspicaz escritor, al cual hay que agradecer la primera chispa de esta luz (Kant 1968 , p. 45).

Bibliografía:

- 1-**Copleston, F. (1982): *Historia de la filosofía*. Barcelona: Editorial Ariel.
- 2-**Cassirer, E. (1956): *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia moderna*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- 3-** Descartes, R. (2011): *Meditaciones metafísicas*. Madrid: Editorial Alianza.
- 4-** Ferrater, J. (1971): *Diccionario de Filosofía*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- 5-**García, J. (1981): *Positivismo e Ilustración: la filosofía de David Hume*. Valencia: Universidad de Navarra.
- 6-** Hume, D. (2008): *Tratado de la Naturaleza Humana*. Madrid: Editorial Tecnos.
- 7-** Hume, D. (2004): *Investigación sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editorial Istmo.
- 8-** Kant, I. (1968): *Prolegómenos a toda metafísica futura*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- 9-** Locke, J. (1999): *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- 10-**Pereira, F. (2009): *David Hume. Naturaleza, conocimiento y metafísica*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- 11-**Pereira, F. (2012): *Hume y la ficción de la identidad personal*. Bogotá: Revista ideas y valores.
- 12-**Rábade, S. (2004): *El empirismo. David Hume*. Madrid: Editorial Trotta.
- 13-**Rábade, S. (1975): *Hume y el fenomenismo moderno*. Madrid: Editorial Gredos.

14-Sanz, V. (1991): *Historia de la filosofía moderna*, Pamplona: Editorial Universidad de Navarra.

15-Stroud, B. (2005): *Hume*. México: Instituto de investigaciones filosóficas, UNAM.

16-Tasset, J. (2012). *Hume*. Madrid: Editorial Gredos.